

The book cover is a rich, multi-layered illustration. On the left, a man in a white lab coat and glasses, likely Germán Espinosa, is shown in profile, holding a pipette and pointing towards the center. Above him, a shelf is filled with various bottles of chemicals. In the lower-left corner, a man in a suit is seen from the back, looking at a large, dark, abstract painting. On the right, a woman in a red and gold patterned dress, possibly a historical or allegorical figure, is depicted. In the foreground, a detailed scientific laboratory setup is shown, including a microscope, a round-bottom flask with yellow liquid, and other glassware. The background is a vibrant, abstract wash of purple, yellow, and white. The text is centered in a clean, sans-serif font.

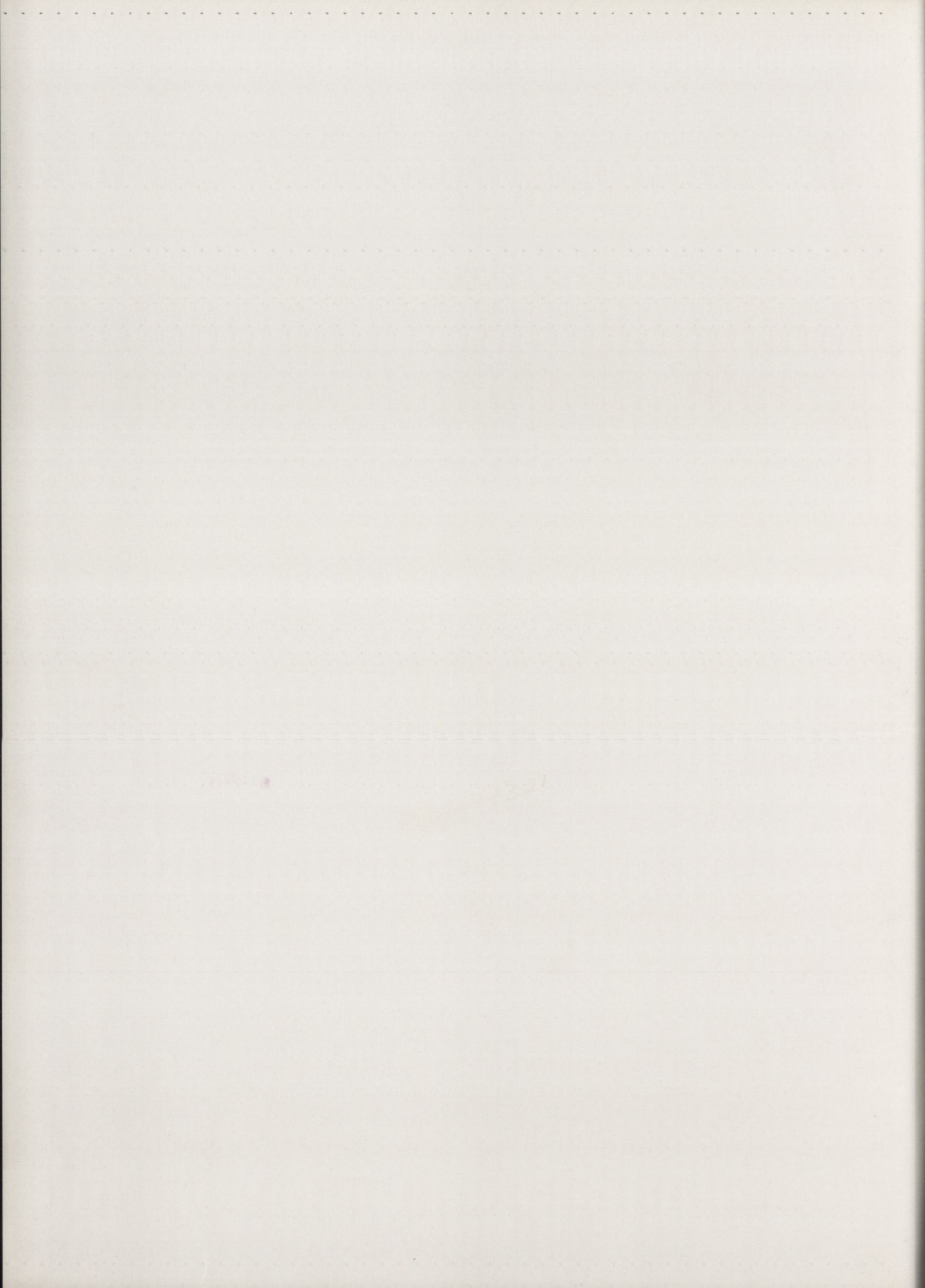
Germán Espinosa

FEDERICO
**LLERAS
ACOSTA**

LA GUERRA
CONTRA LO INVISIBLE

Ilustraciones
Cristina Salazar


COLCIENCIAS



Col
00 778

Germán Espinosa

FEDERICO
LLERAS ACOSTA

LA GUERRA CONTRA LO INVISIBLE

Ilustraciones
Cristina Salazar



COLCIENCIAS

**COLCIENCIAS**

Director: Fernando Chaparro Osorio
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial
y diseño general:

Carlos Nicolás Hernández
Tres Culturas Editores Ltda.
Carrera 35 #14-67 Tel.: 2 37 70 56
Fax 2 74 52 04
Celular: 2524538

Ilustraciones y fotomontajes: Cristina Salazar

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Portada interior: Retrato de Federico Lleras Acosta,
por Inés Acevedo Biester, Mayo de 1938
Academia Nacional de Medicina.

Preprensa electrónica: Fotolito Colombia Ltda.

Primera edición: agosto de 1998

ISBN: 958-9037-71-2



© Germán Espinosa

© Derechos reservados: Colciencias

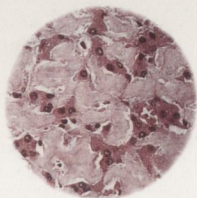
Fax: 6251788
E-mail: info@colciencias.gov.co
Transv. 9A No. 133-28
Santafé de Bogotá, D. C.
Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

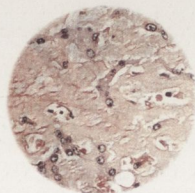
Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America

CONTENIDO



Pág. 5
I
El último diálogo

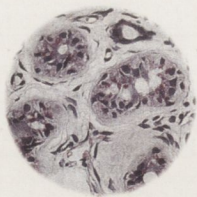


Pág. 15
II
El músico leproso

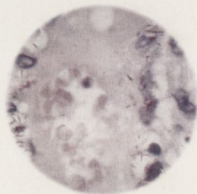


Pág. 27
III
La ciudad del dolor

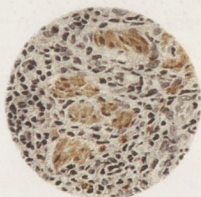
\$15.000 - 17-03-99



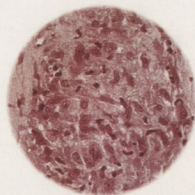
Pág. 39
IV
Un microscopio y
una estufa



Pág. 49
V
Cultivar el invisible



Pág. 63
VI
El ángel
implacable



Pág. 73
VII
La crónica post
mortem

I

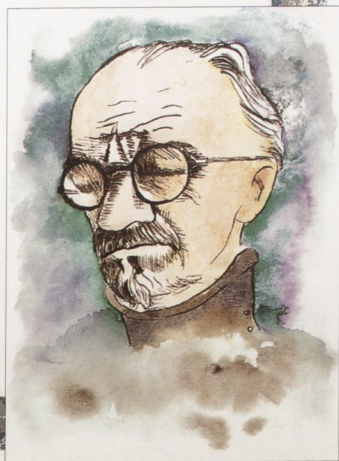
El último diálogo



El pesado Studebaker hizo escuadra con la lentitud a que lo obligaban las calles y avanzó con cierta parsimonia por la calzada, a contrapelo de la alarma de una pareja de perros y de la absorta curiosidad que inspiró en dos o tres transeúntes. La verdad es que pocas veces aquella callejuela del suroeste de la capital era visitada por automóviles. Su empedrado, como casi toda la barriada de Santa Bárbara, parecía más bien adormilarse entre el frío mañanero y ahora, de repente, las hercúleas llantas ultrajaban los cantos y el dramático ronroneo del motor violaba el habitual mutismo.

Federico Lleras Acosta

Se trataba, según la moda de la época, de una limosina amplia, toda pintada de verde oscuro, bien que con enormes y resplandecientes defensas color acero. La conducía un individuo de librea gris y, aunque los vidrios ahumados no dejaran ver al ocupante de la parte trasera, pronto no hubo en ello misterio. Cualquiera sabía, en aquella minúscula y casi provinciana Bogotá de comienzos de 1938, a quién pertenecía. Nadie se sorprendió cuando la vieron detenerse ante la casa del viejo veterinario. A nadie extrañó tampoco que de ella descendiese un hombre muy





Gustav Klimt
Fragmento de boceto para
mural "Medicina". 1897



delgado, de baja estatura, un tanto trémulo al movilizarse, cuyo cuello rodeaba, para sostener la titubeante cabeza, un complicado aparato ortopédico.

Anduvo apoyado en un lacado bastón de guayacán y, como solía hacerlo, ya que no eran raras sus visitas, detuvo la vista por un instante en la chapa de bronce que campeaba junto a la entrada y en la cual, en caracteres claros y distintos, se leía: «*Spei Domus*. Consultorio veterinario. Doctor Claude Vericel. Universidad de Lyon. Francia». Porque, en efecto, en esa casa de angosto zaguán y patio de enredaderas que perfumaba el poleo, habitaba hacía ya mucho tiempo aquel francés, ahora anciano y medio olvidado, que hacía más de cincuenta años había fundado la primera Escuela Veterinaria de Colombia, entidad de alto vuelo científico que funcionó hasta su desaparición como dependencia de la Facultad de Medicina y de Ciencias Naturales.

Antes que el visitante hubiese logrado atravesar todo el zaguán, la contrapuerta del fondo, que daba al patio, se abrió y una mujer de madura firmeza le dio los buenos días con la cortesía habitual de entonces. Unos pasos más allá, bajo las enredaderas, la humanidad de Claude Vericel lo aguardaba con una sonrisa casi desdibujada entre el laberinto de arrugas de su rostro barbado y cuarteado por soles de muy diversas estaciones y latitudes.

—Federico —saludó el veterinario—. Sabía que no se iría sin despedirse.

Su acento era todavía el típico de la confluencia del Saona con el Ródano, pero su sintaxis castellana destacaba por lo impecable. Vestía un pantalón ancho y una blusa de obrero. Su blanca barba caía sobre el pecho, otorgándole un aire patriarcal y generoso. Federico Lleras Acosta avanzó hacia él su endeble cuerpo, lleno de temblores, y se unieron en un abrazo. Su amistad era antigua y proverbial en la ciudad. En tiempos ya un tanto remotos, habían trabajado juntos y el bogotano veía en el lionés una suerte de segundo padre.

Vericel lo hizo pasar a un saloncito, abierto sobre el patio, poblado por robustos muebles de caoba, cubiertos por forros denegridos y mustios por el sol, al cual daba paso, a ciertas horas, una gran ventana de balaustres torneados. Se sentaron el uno frente al otro, en un inicial y contemplativo silencio que alteró, por fin, el acento vivaz del francés.

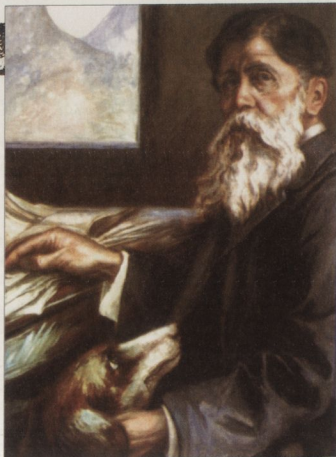
—¿Cómo van los preparativos del viaje?
¿Cuándo parte?

Con dejo cansado, el otro informó:

—Mañana debo salir hacia Barranquilla. Allí tomaré un barco a Marsella, donde pienso reposar unas semanas.

—Pero, ¡por Dios, Federico!, lo noto desanimado...

—Usted lo sabe, Claude —dijo Lleras Acosta—. Las dudas me asedian.



Claude Vericel, en su estudio, en compañía de su inseparable amigo Paysan



—No lo comprendo —se asombró Vericel—. Usted ha trabajado en forma correcta. Lo digo yo, que he seguido paso a paso la investigación.

—Algo en el fondo intenta decirme que mis cultivos me han conducido a la verdad. Pero otra fuerza igual se desata en mi interior y refuta: «No edifiques castillos en el aire. Has actuado con precipitación». Y, Claude, ¡son tantos años de trabajo! No sólo míos... También de Amalia...

—Gajes eternos de la ciencia —filosofó el lionés—. Experimentos repetidos, persistentes observaciones, como el agua que horada la roca. Todo para obtener mínimas conclusiones, siempre menores, muchísimo menores que aquéllas que cualquier otra disciplina rendiría en corto plazo. Pero en su caso, Federico... Creo que ha acertado usted en el centro del blanco. Creo que su trabajo tendrá que ser reconocido.

—En el fondo —articuló con lentitud el bogotano—, estoy aterrado. Pero, en fin, mañana es la partida. El Cairo me espera y siento que mi salud flaquea... Debo darme un reposo en Marsella. ¡Tengo tantos deseos de respirar otra vez los aires franceses!

—Yo ya no los respiraré nunca más. *Ah, ma patrie, ma belle patrie...*

—La amo tanto —declaró con cierta solemnidad Lleras Acosta—. Y por eso me duele que nuestros colegas franceses disientan de mis viejas posiciones. Las diferencias entre su escuela y la estadounidense se han polarizado demasiado, créame. A veces, parece que se tratara de una discusión política y no científica.

Vericel sonrió con desgana. Un aroma de estiércol apisonado llegaba del patio, pero era el eco sofocado de otros días. Ahora, el veterinario no ejercía y el bullicio de animales de otros tiempos no alborozaba el ámbito que parecía diluirse en tonos melancólicos.

—En El Cairo estarán los mejores del mundo —dijo—. Usted entre ellos. Estoy seguro de su triunfo.

—No sería un triunfo mío —corrigió Lleras Acosta—. Me place vislumbrarlo, aunque suene jactancioso, como un triunfo de la humanidad. Usted lo sabe... Hace años no puedo dejar de pensar que la mayor parte del problema de la felicidad humana gira alrededor de la lucha contra las enfermedades y la muerte. Que, sin desconocer los ocultos impulsos del alma, los sentimientos místicos, lo que solemos llamar realidades espirituales, es evidente que esa lucha determina el sentir y el pensar del ser humano.

—En nuestro tiempo, como pienso que lo creía Séneca —anotó Vericel con tristeza—, sirven de impedimento para la felicidad las muchas ocupaciones. Y, por desdicha, Federico, nuestro siglo ha colocado el problema en el terreno de la producción, en los dominios del dios oro. Todos imaginan que, a mayor cantidad de fábricas, mayor felicidad del hombre.

El otro emitió una tos débil antes de replicar, con voz lenta y aterciopelada:

—Aun colocados en ese terreno, sabemos que la salud humana es capital en el proceso de la producción. La polémica ha sido larga, Claude. Lamento deplorar algunas posiciones francesas y, en general, europeas. Hoy, los Estados Unidos nos han hecho medir y pesar el cuidado que debe darse a la salud del trabajador. Al menos yo, creo haber contribuido a cambiar la mentalidad que prevalecía en punto a justicia social. En lo que se refiere, ante todo, al logro de una legislación siempre renovada sobre sanidad, higiene, asistencia del trabajador, incluso si se hiciera sólo con miras a la utilidad económica.

La mujer que asistía a Vericel llegó en ese momento con dos pocillos de café en una bandeja. Con delicadeza, colocó todo en la mesa de centro, junto al florero donde agonizaban unas rosas. El perfume de la bebida estimuló la atmósfera del saloncito. Por un instante, la tristeza dio paso a algo así como un hálito de frescura, casi de juventud.

—Cuando en El Cairo sean acogidos sus trabajos sobre el diagnóstico precoz de la lepra, usted, Federico, quedará en posición de impulsar esos avances.



Louis Pasteur

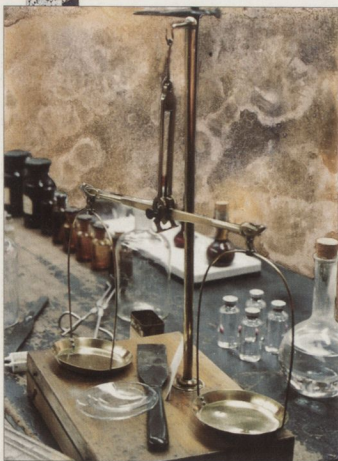
Biblioteca de la Academia
Nacional de Medicina.
Santafé de Bogotá



—Es el único privilegio que pido —dijo el otro, acercando la azucarera para endulzar su café—. Durante lustros, hemos que-

dado a la zaga por lo que concierne al necesario vínculo entre la investigación (que incluye el estudio cuidadoso de nuestros grandes problemas sanitarios) y la acción práctica, preventiva o terapéutica.

—Yo en ningún caso desconocería —quiso Vericel dejar claro— que la investigación colombiana, aunque escasa, ha tenido exponentes destacados. Usted es un ejemplo. Quizá no hay ramo de las ciencias médicas en el que los profesionales colombianos no hayan puesto empeño por mantenerse al día en materia de conocimientos teóricos y prácticos.



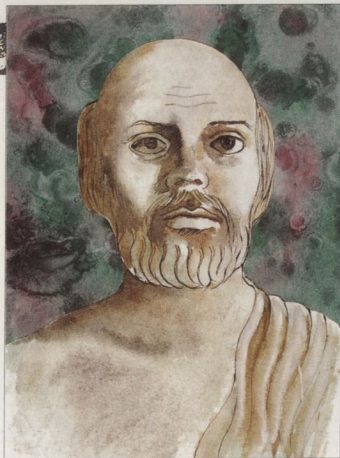
—Aun así, las grandes campañas sanitarias, que requieren la acción colectiva —se lamentó Lleras Acosta—, no han estado, en la

Galeno
Médico griego





Hipócrates
El mayor de los médicos de la
antigüedad



mayor parte de los casos, acompañadas de una investigación que vuelva fructuosos y eficaces los esfuerzos realizados.

Las condiciones peculiares de nuestro medio, las mismas características de nuestra patología, la necesidad de obrar dentro de recursos muy limitados, imponen un cuidado en el estudio científico de las campañas que se emprendan, más grande aún que el que debe dedicarse a su organización práctica.

—Muy cierto —aprobó el anciano veterinario—. En la mayoría de los casos, el gobierno de Colombia prefiere atenerse a las conquistas de la ciencia extranjera.

—He ahí el gran error —dijo, con privativo énfasis, el bogotano—. Actuando sobre un enorme volumen de material humano, en un medio dado,



es justo y necesario ir buscando, por nosotros mismos, ya las prácticas más adecuadas a nuestras condiciones, ya nuevas maneras de diagnóstico y análisis, ya nuevos procedimientos de prevención o terapéutica. Si al lado de la organización ejecutiva de las campañas funcionarán organizaciones de investigación, destinadas a orientar, a indagar nuevas rutas, a aprovechar o interpretar los resultados mismos de la labor práctica, se obtendría una doble consecuencia: de una parte, la investigación se sentiría estimulada, urgida por la diaria necesidad de hallar las soluciones que le demandan los órganos de la acción sanitaria; de otra, esta última acción se ejercitaría con harto mejores orientación y armonía.

—De todos modos —dijo Vericel, tras un largo sorbo de café que degustó en profundidad—, las cosas comienzan a cambiar. El presidente López ha impulsado en lo posible la bacteriología y los estudios de usted sobre la lepra. De hecho, lo ha puesto a encabezar la delegación a esta IV Conferencia Mundial de Leprología. Si usted demuestra en El Cairo la validez de sus experimentos, se colocará en la cúspide de la medicina del mundo y nadie podrá ya negarle nada en su patria.

El doctor Lleras Acosta intentó, dolorosamente, reacomodarse en su sillón. Era evidente la forma en que su propio esqueleto, la misma osamenta que había traído al mundo, lo martirizaba. Su cabeza trataba de girar, con nerviosismo y palmarias molestias, sobre el aparato ortopédico. Dijo:

—Pero será preciso vencer numerosas resistencias. Recuerde cómo, entre nosotros, Abraham Afanador ha insistido, casi con saña, en que mis cultivos son meras contaminaciones. Y se ha tomado el trabajo de desacreditarme en Francia, en Alemania, en todo lugar donde le ha sido hacadero. Cuando, hace unos años, el gobierno francés me impuso la Legión de Honor, no faltaron voces en París que destituían mi trabajo.

—Póngales oídos sordos —aconsejó el anciano—. No olvide que Louis Pasteur, el hombre que lo ha inspirado siempre, fue víctima de todos los rencores, de todos los rechazos, de todas las burlas, de todas

las calumnias, cuando combatió la teoría de Pouchet sobre la generación espontánea, cuando afirmó que no es posible la aparición de microorganismos en las materias orgánicas si no existen en ellas gérmenes que los generen, cuando planteó la necesidad de destruirlos por el calor e impedir la llegada de los contenidos en el polvo del aire.

—Habrá que luchar también —recordó el bacteriólogo— contra el prejuicio habitual en los científicos de países civilizados, que no aceptan la posibilidad de una ciencia creadora en estas latitudes.

—En fin —recomendó el francés—, ya falta poco para la reunión de leprólogos. En unos meses, usted sabrá si el mundo lo respalda.

—Han sido más de veinte años, Claude... —dijo Lleras Acosta, con un tono de fatiga—. Veinte años durante los cuales, pese a su constante estímulo, he tenido que sostenerme por encima de las incertidumbres. ¡Qué guerra la que me he propuesto! Una guerra contra lo invisible, contra seres que el simple ojo no puede registrar...

—Pero que, probablemente, haya culminado con la obtención del diagnóstico precoz de la lepra. Está usted, Federico, a un paso de la gloria. No empañe ese paso con el pesimismo.

—No es pesimismo, Claude. Es más bien aprensión.

—¿Aprensión contra quienes puedan oponerse? Eso, querido amigo, no podemos evitarlo. Pero la experiencia nos enseña que la verdad triunfa.

Lleras Acosta bosquejó una sonrisa amarga.

—A veces, en los foros universitarios, me he sentido como Miguel Servet ante Calvino...

—El foro de El Cairo —lo animó Vericel— será un escenario mucho más amplio. Habrá allí observadores de todos los laboratorios y universidades de Europa. En términos generales, muchos estarán inclinados a apoyarlo.

Cuando, media hora más tarde, Lleras Acosta salía de aquella casa que tantas memorias le renovaba, su pesimismo se hallaba bastante atenuado. La conversación con Vericel (a quien no sabía que había visto por última vez) constituía, se iba diciendo, la mejor medicina. Mientras abordaba el Studebaker, su imaginación voló hacia aquellos años, ahora lejanos, en que sus esfuerzos tomaban comienzo. Aquellos años en que el hecho tan sólo de practicar la bacteriología, le granjeaba miradas desconfiadas. En que el tema de la salud pública era juzgado superfluo en Colombia. En que el país, sumido en ese marasmo, se hallaba a punto de convertirse en una enorme leprosería. Aquel año, en particular, en que un hombre que él consideraba excepcional compareció en su consultorio lleno de una infinita desazón...

II

El músico leproso



e trataba de un individuo que, a los expertos ojos de un médico, iría acercándose, si mucho, a los treinta y cuatro años, pero que revelaba unos cuantos más, acaso por la dureza de condiciones y la deficiente alimentación que habían signado su infancia. Lleras Acosta lo reconoció no bien traspuso el umbral de su consultorio. Por aquellos días de marzo de 1916, el bacteriólogo bogotano se aproximaba, a su turno, a los treinta y nueve, y sus análisis de laboratorio gozaban ya del beneplácito (antaño rehusado con obstinación fanática) de la mayoría de colegas de Bogotá. Su trabajo era de hecho exigente y agotador, pero lograba desglosar de él algunas horas, ante todo para ir a conciertos, a tertulias sociales —donde su ingenio era muy celebrado—, a recitales literarios. A este muchacho pálido y un tanto retraído lo había visto no pocas veces formando parte de los coros de la iglesia de Las Nieves y también de la Orquesta del Conservatorio, como violinista, en las famosas veladas semestrales.

Ahora, acudía a él como paciente y, la verdad, en circunstancias francamente acongojantes. La presencia en su espalda de grandes nódulos semejantes a los granulomas de la tuberculosis o de la sífilis, había decidido a su médico a solicitar pruebas de laboratorio. El ojo clínico de Lleras Acosta lo hizo





Para prevenir el contagio de la lepra se acuñaron monedas especiales que circulaban en los lazaretos.



pensar de inmediato en la lepra nodular, pero se abstuvo de decir nada. Amalia, su esposa, se aprestaba a tomar las muestras y el

hombre parecía a punto de ser arrebatado por un ataque de nervios. El bacteriólogo le puso conversación, por ver si así podía sosegarlo.

—Me parece recordarlo de alguna parte —le dijo—. ¿No es usted músico?

—Toco algunos instrumentos —respondió el otro, casi asfixiado por la timidez—. También canto en los coros de Chapinero, de Santa Bárbara y de Las Nieves.

—Acostumbro asistir a los conciertos —informó el médico—. Si algo admiro en este mundo es una buena voz o la destreza para desenvolverse con un instrumento.

—Me llamo Luis Antonio Calvo —lo notificó el paciente



Luis Antonio Calvo.
Escultor: Fernando Montañéz





Gustav Klimt.
"Organista". Detalle para
alegoría de la música. 1885

en forma espontánea, mientras Amalia trabajaba en él con la hipodérmica—. Me he atrevido también a componer algunas piezas.

—Mucho me gustaría conocerlas —dijo Lleras Acosta.

El rostro del joven se llenó de un esclarecido color grana.

—Han sido estrenadas —repuso—. A lo mejor, ya las ha escuchado. Sobre todo una de ellas, ha recibido una acogida benévola.

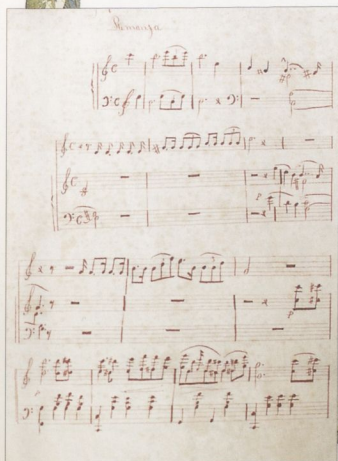
—Eso me alegra mucho —reflexionó el médico—. Entre nosotros, las artes, al igual que las ciencias, no suelen merecer mucha consideración ni reconocimiento.

—Sobre todo la música —agregó el otro—; suele también ser origen de las peores penurias.

Aludía acaso, hasta donde su cordedad se lo permitía, al costo garrafal que para él implicaban estos exámenes. Fue todo lo que hablaron aquella vez.

*Mi destierro ha sido
para mi ánima un
verdadero crisol en el
cual se han purificado
todas mis pasiones,
todo lo materialmente
indigno que el alma
del hombre pueda
albergar...*

L.A. CALVO



La muestra estaba tomada y el análisis tardaría unos días. El muchacho volvió a empaquetarse dentro de su chaqueta, un tanto raída, y se despidió con extrema cortesía. Aquella noche, el bacteriólogo padeció una de esas pesadillas en las que somos espectadores de horrores ajenos. Vio al joven Calvo sumido en un pantano de lodos fecales y realizando desesperados e inútiles esfuerzos por salir. A la mañana siguiente, marcó un número de teléfono y pidió que le pasaran al padre Perico García, que era el músico más notable que por aquellos años poseía la curia bogotana. Puesto al habla con él, le inquirió noticias de aquel joven que, sin duda, lo había impresionado con sus ojos inteligentes y su talante un tanto austero y provinciano.

El padre Perico habló con entusiasmo de Luis Antonio. Era, según dijo, un muchacho de origen campesino, cuyas penurias habían tomado principio en la cuna. Sin que el sacerdote supiera cómo, había resultado elaborando ciertas estupendas instrumentaciones para orquesta, que habían impresionado al violinista Leopoldo Carreño y al profesor Rafael Vásquez Flórez, de la Academia Nacional de Música. Gestionaron éstos con el maestro Guillermo Uribe Holguín, el admirable compositor sinfónico que dirigía el Conservatorio, una beca para que se adiestrase en armonía, en contrapunto, en violonchelo, en piano, lo cual logró con una prontitud sorprendente. Ahora, conocedor de las peculiaridades de las escuelas alemana, rusa y francesa, se había dado a la composición de partituras que a todos asombraban por su textura delicada.

Lleras Acosta experimentó un escozor interno al pensar que aquel joven de privilegiado talento, y de indudable simpatía personal, de fijo parecía condenado a sufrir las secuelas de una enfermedad más que grave. Se apresuró a practicar el análisis y no le cupo ya duda: Luis Antonio Calvo padecía lepra nodular y su destino pasaría a convertirse, en lo sucesivo, en uno de los más aciagos de cuantos pudieran esperar a nadie en aquellos tiempos. Las leyes obligaban a recluirlo en una leprosería. A los médicos les estaba ordenado, en forma concluyente, avisar a las autoridades no bien hiciese aparición en su consultorio un caso de lepra. Las sanciones a quien violara el mandato eran severas, ya que se le consideraba por ese solo hecho infractor de la ética profesional.

El día catorce de marzo —esa fecha quedaría grabada como por hierros candentes en la mente del médico—, Luis Antonio tornó a comparecer en el laboratorio. Traía una turbada sonrisa, que trataba de parecer esperanzada. Lleras Acosta se sintió afligido. ¿Cómo transmitirle la nefasta noticia? ¿Cómo infundirle, al mismo tiempo, algún aliento? Su mirada se cruzó con la de su esposa, pero ella sólo pudo devolverle una de desolación. Lo invitó a sentarse frente a su escritorio y, ayudándose con el bastón, se instaló en la vieja silla giratoria, de espaldas a un enorme retrato de Pasteur. Los ojos del muchacho se le antojaron dos astas interrogativas, prontas a ser quebradas por la consternación.

—No le tengo buenas noticias —fue su primera y tentativa notificación. Entendía que la frase no era nada original, pero su abatimiento no supo encontrar otra. La mirada del muchacho parpadeó con alarma. El facultativo resolvió obviar el patetismo de la revelación e ir directo a las consecuencias: —El bacilo de la lepra es un asesino lento, al cual hay que parar como dé lugar. Todo diagnóstico de esta enfermedad es, por desdicha, tardío. La profilaxis es también difícil, pues se desconocen los factores que favorecen el contagio.

Ahora en los ojos de Luis Antonio se leía tan sólo una perplejidad que deseaba, sin lograrlo, ser incrédula.

—¿Quiere usted decir —indagó con la voz rota—... que soy leproso?

—De un tiempo a esta parte —prosiguió Lleras Acosta, tratando de imprimir a sus palabras una especie de neutralidad profesional—, hay tratamientos muy esperanzadores con chaumulgratos en inyección. Hoy se experimenta también con ciertas sulfonas. Nadie puede prometer nada, sin embargo. Algunas veces, esos lepromas que usted acusa en la espalda remiten, pero otras se reblandecen y ulceran. No me es dado ocultarle la gravedad de todo ello. Si el tratamiento no es intenso, la muerte puede sobrevenir. La progresión de las lesiones y la infección secundaria son, por lo demás, susceptibles de causar serias mutilaciones.

Calvo había empezado a temblar. Su mirada adquirió un viso errático cuando preguntó:

—Y usted, doctor..., ¿puede administrarme el tratamiento?

Lleras Acosta hizo un gesto de desolación.

—Podría... —dijo sin abandonar el inicial rigor—. Pero, mi querido joven, la ley es muy clara en un caso como el suyo: obliga a internarlo en un leprocomio.

—Pero... ¡no es posible! —se desesperó el músico.

—Es algo muy penoso —reconoció el médico—. Pero sucede que la investigación no ha logrado certidumbre alguna en lo que atañe al contagio de esta enfermedad. ¡No sabemos cómo se transmite! Por eso, desde tiempos inmemoriales, los lazarinos se han aislado en instituciones adecuadas.

—¿Cómo cuál? —inquirió Calvo con voz trémula.

—En el área geográfica en que nos encontramos, sólo hay una: el lazareto de Agua de Dios, no muy alejado, por fortuna, de Bogotá.

—He oído hablar de él —balbuceó el paciente—. El padre Perico García me sugirió alguna vez algo que no conseguí realizar, porque el problema se me antojaba lejano: una canción de consuelo para los que habitan ese lugar de horror. —Movi6 la cabeza con desesperación: —Lugar de horror, doctor. ¿Sabe usted cómo lo llaman?

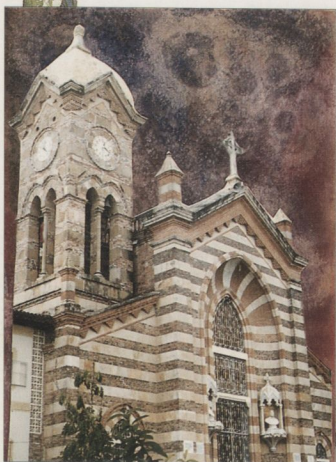
—La Ciudad del Dolor —casi musitó Lleras Acosta, tratando de acomodar la cabeza a los rigores del aparato ortopédico—. Créame, Luis Antonio, que su situación me entristece, más allá de lo que usted pueda

suponer. Pero no es mucho lo que puedo gestionar. Estas leyes de sanidad son inflexibles.

—Mi condena será doble —casi sollozó Calvo—. Por

Bast6n de Esculapio

Iglesia de Agua de Dios.
Cundinamarca



una parte, el sufrimiento que esta enfermedad trae aparejado. Por la otra, una reclusión, o peor, un destierro en un lugar espantoso, donde no conoceré el amor y que me impedirá colmar mis aspiraciones y hasta proseguir el ejercicio de mi carrera musical, que para mí lo es todo en la vida.

El facultativo se puso de pie y respiró a todo pulmón. No sabía qué decir. La situación del joven le resultaba injusta en grado intolerable. Pero un médico no puede dejarse envolver en el sufrimiento de sus pacientes, so pena de tener que renunciar a su profesión. Lleras Acosta era, sin embargo, hombre de firmes creencias religiosas. El diario comercio con lo tristemente material no había apagado sus arrestos espirituales. Su catolicismo era de penetrante raigambre. Por eso, revolviendo en sus recuerdos compasivos, dijo:

—Como doctor, es poquísima la esperanza que puedo ofrecerle. Pero, en Santa Catalina de Siena, leí una vez que, si uno permanece en la fe, jamás la tristeza ocupará su corazón. Porque la tristeza no procede sino de la fe que ponemos en las criaturas. Y las criaturas son cosa muerta y caduca que viene a menos. Nuestro corazón tiene que reposar en algo estable y firme, y ese algo es la fe.

—También soy ferviente católico —respondió el músico—. Pero siento que la fe me abandona. El dolor se enseñorea de mi cuerpo. Y esto sólo puedo verlo como una cosa inicua.

—Pero si uno pierde la fe, entonces ya no tiene nada más qué perder.

El médico había hablado con una leve sonrisa de persuasión en los labios. Instantes más tarde,

Hospital para leproso
ubicado en el municipio de
Agua de Dios, Cundinamarca



acompañaba a Luis Antonio a la puerta de calle. Desde el interior, mientras se despedían, Amalia Restrepo opinó de pronto, como si todo el diálogo, que había escuchado sin pronunciar palabra, le hubiese dejado un sedimento de amargura:

—Debe haber algo que tú puedas hacer por él, Federico. Tenemos amistades en el gobierno.

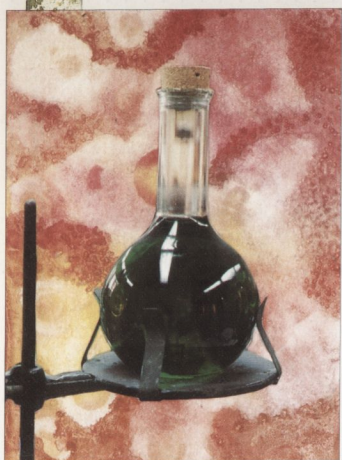
—Habría que ver, mujer —dijo Lleras Acosta, mirándola con cierto afable reproche—. La legislación no contempla excepciones.

No deseaba, por motivo alguno, incubar falsas esperanzas en el enfermo.

Al cerrar la puerta, pensó en lo corto que quizás se había quedado al advertirle sobre posibles secuelas de la lepra. A más de lo enumerado, podían sobrevenir lesiones en los nervios y las vísceras, la falta de pigmento en la piel (que la ciencia nombraba *leucopatía*), la ausencia de sensibilidad en ciertas partes del cuerpo y, sobre todo, esa cosa pavorosa conocida como *facies leonina*, en la cual grandes surcos, como los de la cara del león, aparecían en la del paciente. Dentro de sí, sentía revolverse la impotencia. Toda esta agitación moderna, todo el nerviosismo científico del siglo anterior, ¿qué habían significado en la lucha contra la lepra? Si excluyéramos el aislamiento del bacilo por Gerhardt Armauer Hansen, podría decirse que nada. Podría incluso decirse que nos hallábamos en idénticas circunstancias que en los días del Antiguo Testamento.

Para ese pobre muchacho lleno de ideales que era Luis Antonio Calvo, el vivir en el siglo XX en nada distinguía su situación de aquélla que le hubiese correspondido padecer en tiempos del patriarca Moisés. En aquel entonces, la lepra era considerada indicio de impureza, en un sentido ritual y moral. Así, quien presentaba sus síntomas debía habitar en soledad fuera del campamento o casco de población. En algunos casos en que, por haberse referido en realidad aquella sintomatología a otras enfermedades similares, el enfermo parecía curado, su reincorporación a la tribu exigía la práctica, por el sacerdote, de un ritual exigente (con degüello de aves para rociar la sangre), al cabo del cual el sujeto debía ser por completo depilado y bañado, a fin de hacerse digno de la unción con sangre y aceite. Pero aquél en quien el mal persistía, había de sobrellevar el destino de Job, que debió habitar un estercolero. A más de éste, leprosos

habían sido en la Biblia tanto Moisés en el milagro de la zarza, como su hermana María (que quedó «blanca cual la nieve»), el sirio Naamán, el rey Azarías y cuatro samarios innominados. La enfermedad tenía, pues, connotación de «castigo divino» y era supuesta producto de «la ira de Iáwhéh». Lleras Acosta recordaba cómo, en el Nuevo Testamento, Jesús se condujo de modo harto más piadoso con los leprosinos, a muchos de los cuales sanó. Pero ello no significó una misericordia mayor por parte de la concepción popular cristiana, que siguió viendo en la lepra un castigo misterioso.



Siempre inquietos, los griegos trataron de hallar al mal causas naturales, pero sus investigaciones nada revelaron.

Armauer Hansen
1841 - 1912



Prefirieron pensar, pues, que eran las afecciones morales las que lo producían, amén —acaso— de la corrupción del aire y del «contacto con

la depravada pulpa del pescado». En tiempos muy remotos, bien lo sabía, el aceite de chaulmugra fue experimentado ya como un medicamento notable contra la enfermedad. Curiosamente, en la Edad Media la lepra fue estimada producto de la bilis negra, es decir, del fluido de la tierra. Las medicinas tenían que ser administradas, en primavera y en otoño, bajo propicios signos astrológicos. Los leprosinos eran por igual proscritos de los conglomerados humanos y, en las puertas de las ciudades, era apostado un guardia con el fin expreso de vedarles el paso. Iban siempre vestidos de gris, con capuchón y guantes. Para conocer su proximidad, se los cubría de matracas, cuyo sonido espantaba a la gente. Si alguien se veía

forzado a hablarles, lo hacía en dirección contraria a la del viento. Muchos perecían de hambre, en descampado. En *El triunfo de la muerte*, de Lorenzetti, podía vérselos invocando a la Parca liberadora. La empresa de las Cruzadas originó, entre muchas otras cosas, una intensa epidemia de lepra en Europa. En las goteras de Jerusalén fue fundada la célebre Orden Hospitalaria y Militar de San Lázaro, en la que los lazarinos eran puestos al cuidado de cruzados también leprosos.

Fue la Iglesia la primera en apiadarse de estos proscritos. En las afueras de la ciudad de Visby, era posible ver todavía las ruinas de un gran templo destinado a permitir a los leprosos la asistencia a la liturgia católica. Pero eran piedades muy débiles. En Alemania, la cabeza de los enfermos era colocada bajo un chorro de agua tan caliente que casi producía el efecto de un hierro al rojo. La idea era tratar en forma directa el cerebro, esa gran masa de mucosidad fría que, según se creía, era origen y fuente de todo lo malo. Ahora bien, las graves consecuencias sociales implicadas en ser declarado lazarino, extremaron ya en los albores de la Edad Moderna la exigencia de un diagnóstico certero, y hasta se nombraron comités ad hoc para establecerlo. Carlos V y su madre, Juana *la Loca*, fundaron en España los primeros hospitales de leprosos, atendidos siempre por abnegadas mujeres, cuyo objeto era no sólo aislarlos para evitar la propagación del mal, sino ayudarlos a soportarlo en condiciones más humanitarias.

Al nervudo sentimiento religioso de Federico Lleras Acosta no escapaba una famosa anécdota del santo de Asís. Según ella, cierto día en que Francisco acababa de salir de uno de sus habituales estados de éxtasis, tropezó por el camino a un leproso que le imploraba una limosna. Lleno de horror, el Poverello pasó junto a él a toda prisa, sin detenerse. Pero no bien se hubo alejado, sintió vergüenza y, llenándose de fuerzas sobrehumanas, volvió sobre sus pasos y depositó su óbolo en la escudilla. A partir de ese momento sintió, como es fama, que debía prodigar amor a todos los seres vivientes. Pero no se limitó a ello su comercio con la lepra. Otra no menos célebre anécdota, contenida en la leyenda de Ginepro, ponía a Francisco a curar a un leproso, por milagro de amor, sólo con besarle en la boca. Lo cierto es que el santo de Asís llegó a establecer numerosos lazaretos. Y aun cabía recordar otra historia: la de la condesa Sibila de Flandes, la cual, al salir de su castillo para bajar al antro de los leprocomios, se figuraba hallarse

paseando por un jardín, porque las llagas de los enfermos se le antojaban rosas.

Sabía también el bacteriólogo de qué modo la historia de la ciencia se encontraba repleta de anécdotas extravagantes y hasta un tanto mágicas. A su memoria acudió el nombre de Linnaeus, el naturalista sueco que dio en la flor de dividir el cuerpo humano en dos sustancias principales: la medular, que formaba el sistema nervioso y procedía de la madre; y la cortical, que formaba casi todos los demás componentes sólidos y líquidos del organismo, y procedía del padre. Por ese camino, edificó una teoría fundada en un misticismo de símbolos, similar al de los chinos. Pero, por ese camino también, dedujo que un gran número de enfermedades dependía de la penetración, en el cuerpo, de animáculos infinitesimales que en él se multiplicaban y que podían trasladarse de un individuo a otro. Entre los males que el sabio juzgó producido por tales criaturas, se hallaba la lepra (así como también la viruela, el sarampión, etc.). Para mayor gloria propia, Linnaeus pudo apreciar, con su simple vista, uno de estos animáculos: el arador de la sarna. Los demás, según afirmó, pertenecían al mundo invisible. Y razonó que su importancia en el contagio procedía de esta última circunstancia, ya que, al ser tan diminutos, tenían, como los insectos, mayor capacidad de reproducirse. Por senderos a veces caliginosos, Linnaeus se había convertido, a partir de tal formulación, en el indudable precursor de la bacteriología. Las observaciones de Mueller y de Ehrenberg, en la linde de los siglos XVIII y XIX, sólo vendrían a confirmar sus postulados, una de cuyas consecuencias había de ser el aislamiento, por Hansen, del *Mycobacterium leprae*.

¡Notables avances, sí!, se decía Lleras Acosta, mas la verdad era que en nada socorrían a los enfermos. ¿Qué ganaba Luis Antonio Calvo con saber que su enfermedad era gestada por una bacteria en forma de bastoncillo, si nadie hubiese logrado detectarla a tiempo para efectuar una profilaxis salvadora y si, ya desarrollada, el tratamiento seguía siendo deficiente y aleatorio? ¡Cuán vana era la soberbia que a los científicos había infundido el siglo XIX! ¡Cuán tonta y estéril! Mientras la ciencia no lograra, al menos, un diagnóstico precoz de la lepra, cualquiera que se viese invadido por el leve bacilo quedaba condenado a una muerte en vida, sumido en un leprocomio, rodeado de otros elefanciacos que gemirían y se retorcerían como él.

En los días subsecuentes, el bacteriólogo tocó en vano, para tratar de evitar el confinamiento de Calvo, en todas las puertas gubernamentales que consideraba amigas. Acciones similares emprendieron el maestro Uribe Holguín y el padre Perico. Invocaban las dotes excepcionales de este virtuoso y compositor, mas la respuesta fue siempre la misma: un leproso constituía un peligro social, nadie conocía cuáles eran las vías de contagio, su presencia entre las gentes saludables implicaba grave amenaza. Corriendo el mes de abril, los colegas de Luis Antonio, con el maestro Daniel Zamudio a la cabeza, decidieron rendirle un homenaje de despedida en el Teatro Colón. Sabían que el muchacho se había clausurado en su vivienda, ahogado por la pena moral. Pero estaban seguros de que la posibilidad de una presentación amplia y brillante de sus partituras lo sacaría de ese desfallecimiento. No estaban equivocados. Luis Antonio Calvo había pasado muchas noches en blanco, pero a la postre había encontrado en su interior la fuerza necesaria para asumir su tragedia con entereza y aliento.

El veintiocho de abril se celebró la velada. Federico Lleras Acosta ocupó, con su esposa, un palco de platea. Le resultaba en grado sumo irónico que, justamente por razón de la tragedia que se había abatido sobre él, Luis Antonio Calvo accediese, en edad temprana, a la gloria. Pues no otra cosa le deparaban los floridos discursos que se leyeron y la indudable selección del público presente. Cuando llegó el momento, se sentó al piano e inició las notas de su más tarde famosísimo *Intermezzo No. 1*, inspirado en su madre y compuesto ocho años atrás. La sala se vio sacudida por un escalofrío estético. Sin duda, la música de Calvo era de vena popular, pero también de una riqueza melódica extraordinaria, fundada —por así decirlo— en el sentimiento en bruto, y denotaba un profundo conocimiento de los recursos armónicos. Otras piezas interpretó aquella noche, todas ellas de una delicadeza penetrante, para terminar estrenando una muy emotiva que había titulado *Adiós a Bogotá*, escrita en los días inmediatos, una vez supo que tendría, inexorablemente, que mudarse con todas sus ilusiones a la Ciudad del Dolor.

III

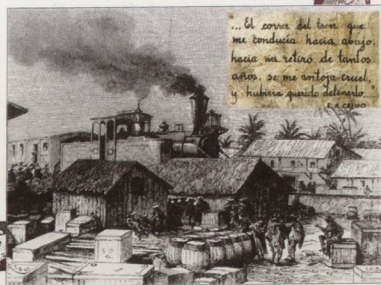
La Ciudad del Dolor



leras Acosta y el padre Perico decidieron hacerle compañía en aquel amargo desplazamiento. Para el médico, pese a las incomodidades lastimosas que le acarreaaba esa especie de esqueleto ortopédico que se veía obligado a sobrellevar, era como si se aligerase de cierto sentimiento de culpabilidad, por haber sido él quien le reveló su grave dolencia. Viajaron en un tren casi destartado hasta

Tocaima, donde alquilaron un coche de caballos para realizar el corto trayecto a Agua de Dios. Mientras compartían el vagón de ferrocarril, Calvo abrió ante ellos el humilde panorama de su vida. Había nacido en Gámbita, una aldea del departamento de Santander, hijo de una campesina llamada Marcelina Calvo y de un tal Félix Serrano, corneta cuyo escuadrón recaló en ese lugar en medio del torbellino de las guerras civiles. Serrano prometió matrimonio a la mujer, pero luego desapareció y jamás cumplió su palabra.

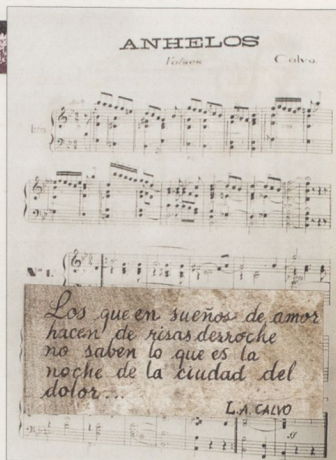
Hacia 1891, Marcelina consiguió empleo como portera en un colegio de Tunja, y Luis Antonio fue contratado como mandadero en un almacén de abastos. Quiso la fortuna que el propietario de aquel establecimiento fuese un violinista y profe-



... El corra del loco que
me conducía hacia arriba,
hacia un reino de tantos
años, se me antoja cruel,
y hubiera querido detenerlo.
e.e.civier

sor de música, Pedro José Gómez León, quien no sólo inició al muchacho en los arcanos de su arte, sino que, andando los días, le agenció una plaza en la Banda Departamental de Boyacá, donde empezó tocando los platillos y luego fue ascendiendo, desde el *flicordo tenor* e hasta el refinado violín. Como, una vez se hubo aventurado a Bogotá, carecía de recursos para ingresar en la Academia Nacional de Música, el joven siguió los caminos de su inspiración y comenzó a instrumentar ciertas piezas. Pronto, había ultimado la primera de propia factura, la hermosa danza *Libia*, que atrajo sobre él la atención de Carreño y de Vásquez Flórez.

A Agua de Dios arribaron bajo el sol encarnizado del mediodía. El macabro poblacho se hallaba ubicado entre la vasta llanura del río Magdalena y la confluencia del río Bogotá, en las estribaciones de la Cordillera Oriental. Lo rodeaban cercas de alambre y había todavía uno que otro puesto de vigilancia para impedir la fuga de reclusos. El doctor Lleras Acosta y el sacerdote debieron argüir sus profesiones para que les fuera permitida la entrada. El primero se advertía agobiado por el tormento que el traqueteo del carruaje implicaba para su estado físico. La mayoría de las construcciones eran de calicanto y techo pajizo, endebles y encogidas, aunque descollaran ya las pequeñas moles de ladrillo de los hospitales San Vicente y Boyacá, el primero para mujeres y el segundo para varones. Aquel doce de mayo de 1916, el sol calcinaba las calles y el desfile de enfermos que deambulaban como autómatas aquí y allá, entre gemidos (y también esporádicos y casi procaces denuestos para con los forasteros), se extendía y perturbaba terriblemente a los recién llegados. Hombres y mujeres con





Interior de la casa donde vivió Luis Antonio Calvo en Agua de Dios

fajas o círculos en el rostro tan blancos como la cal, escombros de la mutilación, personas con peladuras que dejaban ver los huesos, otras con las cuencas de los ojos reventadas y ya vacías, todas vistiendo andrajos miserables, armaban un grotesco y trágico tinglado, una pavorosa corte de los milagros. Tampoco dejaron de percibir las lamentaciones, lúgubres en extremo, brotadas de una edificación más que modesta, situada a la vera del Hospital San Vicente. Se trataba, como luego lo supieron, de «La Casita», el lugar donde eran hacinados los leproso que, además, padecieran algún desarreglo psicológico. Alternaban allí esquizofrénicos y paranoicos de indudable peligrosidad, con insensibles catatónicos que vivían en un mundo hermético e intransferible.

Tal como lo habían supuesto, sus primeras averiguaciones los llevaron a presencia de una monja ya entrada en años, pero de aspecto firme y corpulento. La madre Ana del Pilar, vieja amiga del padre Perico, había llegado a Agua de Dios dos décadas atrás, para convertirse muy pronto en un personaje proverbial, en una leyenda viva. Hacía las curaciones a los leproso sin cuidarse del contagio y dormía con ellos en el mismo salón, para así poder atenderlos en horas nocturnas. Su simpatía y su prudencia la habían elevado a un rango insigne en el pueblo. Su consejo era indispensable a sus compañeras de comunidad, a los sacerdotes, a los médicos. Administraba

Habitación del hospital de leproso



admirablemente el lazareto y en sus manos estaba la economía, la organización y hasta el orden jurídico de la Ciudad del Dolor. Cuando faltaba la ración que el gobierno debía procurar, se iba ella misma a Tocaima a pedir limosna. Solía narrarse que, durante la Guerra de los Mil Días, en los albores del siglo, al saber que varios enfermos habían sido tomados presos y conducidos a Girardot, se apersonó en la cárcel y con los únicos recursos que tenía, que eran los destinados a la alimentación, pagó la suma —entonces enorme— de cincuenta pesos por su rescate.

Los recibió con dulzura y llaneza, y agradeció la presencia del doctor Lleras Acosta. Éste recordó para sí de qué manera la orden a la cual pertenecía esta mujer, que era la Congregación de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación de la Santísima Virgen, fundada en Francia por Marie Poussepin en 1676, se había establecido en Agua de Dios hacía ya veinticuatro años. La abnegación de estas religiosas, en su mayoría francesas, era ciertamente asombrosa. A su llegada, debieron compartirlo todo, incluido el dormitorio, con los elefanciacos, ya que sólo se contaba con una casa pajiza y era más que patética la ausencia de servicios higiénicos. Hasta los médicos que iban a examinar a los enfermos dejaban ver el pavor que les producía la posibilidad del contagio, en tanto las hermanas dominicas lo arriesgaban todo, sin una queja. Se habituaron bien pronto al intenso hedor de los reclusos. La mayoría de las veces, les correspondía hacer trabajo de facultativos, cortando a los enfermos los miembros podridos con ayuda de unas tijeras de modistería. La espantosa labor, que duraba horas, era de carácter indoloro, por la insensibilidad que produce la también llamada elefancia de los griegos.

La madre Ana del Pilar los invitó a sentarse e indagó por las circunstancias del diagnóstico. Lleras Acosta la puso al corriente de todo y el padre Perico se preocupó, en forma singular, por detallarle los méritos musicales de Luis Antonio Calvo. La mujer les sugirió, con la mayor naturalidad, que almorzasen al aire libre, a la sombra de un árbol de mango y en una mesa y unas banquetas de tosca madera, para después recorrer las instalaciones del lazareto. Para los recién llegados, el al-

muerdo no fue precisamente una fiesta del paladar ni del estómago. Sentían una repugnancia invencible, y el músico se preguntó cómo iba a hacer, en el previsto futuro, para alimentarse en aquel ámbito carroñero. La inspección de los hospitales les resultó en extremo penosa. Los reclusos eran auténticos despojos vivientes, cuerpos retorcidos y devastados que emanaban un olor insufrible. A algunos de ellos, ya inválidas sus extremidades, las profesas debían colocarles el alimento directamente en las bocas, que abrían ávidamente, como pajaritos, para recibirlo. En «La Casita», vieron a los insanos mentales convulsionarse en completa desnudez, pues desgarraban cualquier vestidura que se les suministrase, encadenados a fuertes argollas y bajo un techo de lata. La dominica les comunicó que, en los últimos tiempos, algunos pacientes preferían instalarse en casas separadas, donde poder llevar una vida lo más íntima posible. Ello dependía, por supuesto, de sus recursos económicos.

La historia de aquel leprocomio no era un misterio para Federico Lleras Acosta. Sin lugar a dudas, la lepra —este mal tan extendido en el país— había sido traída por los españoles a territorio de América. En un comienzo, se pensó con cierto fundamento que los indígenas eran inmunes a ella. Por tal razón, no fueron adoptadas mayores medidas para prevenirla. No obstante, desde 1513, el rey Don Fernando *el Católico* destinó el derecho de anclaje de los navíos en Cartagena de Indias a la construcción y mantenimiento del Hospital de San Lázaro, en vecindades del castillo de San Felipe de Barajas. El santo Pedro Claver practicó allí sus cuidados humanitarios. En 1597 murió de lepra, en la ciudad de Mariquita, el Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá. Ya en la primera mitad del siglo XVII, el rey Felipe IV expidió una Real Cédula ordenando la reclusión de leprosos, a fin de evitar que contagiasen a otros. Pese a ello, la lepra no tardó en extenderse por todo el territorio del Nuevo Reino de Granada, en particular por las poblaciones de Santafé —la capital—, de Santander y del Gran Cauca.

En los albores de la república, el presidente Francisco de Paula Santander hizo aprobar por el Congreso una legislación que reglamentaba la instauración de lazaretos, su manejo pecuniario y su organización interna. Tres principales fueron establecidos en el territorio nacional: el





...ocho días después de mi
llegada a este retiro,
recibi a mi amigo
favorito, el piano,
que muchos de mis
amigos y admi-
radores bogota-
nos me envia-
ron como
recuerdo

L. A. DÍAZ



de Caño del Oro, en Cartagena, que reemplazó al Hospital de San Lázaro; el de Contratación, en Santander, y éste de Agua de Dios, en tierras de Cundinamarca, todos mal dotados y peor sostenidos. El surgimiento del último fue consecuencia del azar. En Tocaima, un grupo de más o menos medio centenar de lazarinos, sin sostén ni refugio, se había congregado en la plaza principal, donde por-dioseaban y hacían ante la mirada de todos sus necesidades. La población se rebeló y los lanzó a pedradas del pueblo. Los enfermos, que apenas podían movilizarse, emigraron hacia la cercana Mesa de Juan Díaz, donde

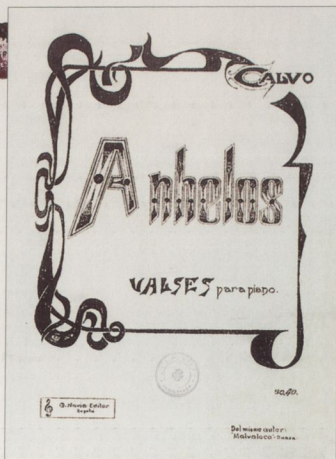
no fueron mejor recibidos. Esta vez, fue la fuerza pública la que los expulsó. Desesperados, se dirigieron entonces hacia cierto lugar, indicado por compasivos campesinos, en donde existía una fuente de aguas termales, azufradas, ferruginosas y arsenicales. Por las virtudes curativas de aquellas aguas, en las cuales colocaron una desmedida esperanza, bautizaron el sitio Agua de Dios. En autos de la situación, el presidente Manuel Murillo Toro, a quien pertenecían aquellas tierras, hizo aprobar una ley que creó el leprocomio.

En un comienzo, los leprosos vivían allí a la buena de Dios. Aislados por cercas de alambre e impedidos para abandonar el lugar, sobrellevaban una atroz miseria, sin nadie que los asistiera, sujetos a la buena voluntad del gobierno. En 1880, una misión salesiana empezó, por cuenta propia, a hacerse cargo de aquellos infelices, prodigándoles una alimentación y un cuidado más oportunos, e instituyendo para ellos una adecuada liturgia. Once años más tarde, el salesiano Miguel Unía solicitó a la madre Gertrudis, superiora de la orden de las dominicas, el envío de monjas

para el cuidado de los leprosos. Fue así como la orden francesa tomó las riendas de la leprosería, en circunstancias del todo azarosas. No contaban ni con médicos ni con enfermeros ni con dormitorios apropiados; el agua potable debían traerla a lomo de asno desde el río Bogotá. Las curaciones se realizaban con procedimientos peor que primitivos: a los enfermos había que sacarles los gusanos con palitos envueltos en hilachas de trapos suaves, suministrados por algunas almas caritativas de Tocaima. La higiene, el más elemental aseo, eran una quimera. Lavaban sus ropas en chorros de aguas abyectas y un mísero cuartucho sin luz les servía de capilla.

En 1896, llegó la madre Ana del Pilar, que pronto se hizo escuchar por el arzobispo de Bogotá y por las autoridades civiles. Gracias a ella, se estableció un remedo de hospital al cual bautizaron San Rafael. Hacia 1910, la diligente dominica logró la erección del Hospital Boyacá y, más tarde, el de San Vicente. Ahora, en 1916, las condiciones eran un poco mejores, aunque los enfermos gañeran de desesperación en un

poblacho sin distracciones de ningún género, maldijeran en una soledad sin relieves, blasfemaran de ira en el más arrebatador de los tedios. El hacinamiento, el horario siempre idéntico, el espectáculo de degeneración física de sus camaradas de cautiverio, el amor estrictamente colectivo que podían proporcionarles las hermanas, la incapacidad en casi todos para ejecutar labores manuales, la inexistencia de futuro ninguno, hacían de aquellos hombres y mujeres verdaderas piltrafas físicas y emocionales, escombros derrelictos de una vida que los había rechazado y expulsado.



¡Y era aquí donde había que abandonar a un alma tan delicada como Luis Antonio Calvo! ¡En este pozo dantesco, horripilante! Federico Lleras Acosta experimentaba la irritación de saberse impotente. En otros tiempos, había comprendido que, de no iniciar el Estado colombiano una acción eficaz contra el bacilo de Hansen, el país pronto acabaría convertido en una inmensa leprosería. Pero Colombia trataba siempre de aprovechar, en el campo científico, las experiencias extranjeras, especialmente las europeas; jamás se decidía a emprender iniciativas *de motu proprio*. Juzgaban los gobernantes que éramos un país ancestralmente atrasado y que nada podíamos hacer en contrario. Para Lleras Acosta, se trataba ante todo de una cuestión de *mentalidad*. Siempre había creído que el atraso, lejos de constituir una *fatalidad*, procedía de una *actitud de espíritu*. Una actitud que acaso no habíamos adoptado todavía en tiempos de la Independencia, pero que poco a poco había ido adueñándose de nosotros, unida a un letal desprecio por todo lo autóctono. Si, en un foro de hombres de ciencia nacionales, él se atreviera a hablar de la necesidad de impulsar aquí la investigación, sólo risas habría de cosechar. Tal era el caso simple y descarnado.

Cambió por un rato ideas con la madre Ana del Pilar, por ver qué beneficios podían lograrse, a corto plazo, para los reclusos, con el fin de tornarles la vida más tolerable. En un momento de la conversación, la dominica, iluminada, opinó:

—El padre Perico me ha ponderado las dotes musicales del señor Calvo. Quizás él podría traer un poco de alegría a esta necrópolis de vivientes.

El médico la miró con intensidad, cual si de repente se le revelara el talento nada común de la religiosa.

—¡Eso es! —exclamó, con el mayor de los entusiasmos—. ¡Hay que dotar a Luis Antonio de un instrumento musical!

El padre Perico vibró de exaltación.

—¡Un piano! —propuso—. ¡Podemos traer un piano!

De regreso en Bogotá, el sacerdote se puso manos a la obra. La primera colecta se hizo entre los miembros de la Banda de Música del Conservatorio, que contribuyeron con genuino alborozo. Luego, en la medida en que se corrió el rumor, muchísimos de los asistentes al homenaje del veintiocho de abril manifestaron su deseo de sumarse a la iniciativa. En cuestión de pocos meses, Calvo era dueño de un piano vertical, que instaló en la pequeña casa que las autoridades decidieron suministrarle en Agua de Dios. En él, el músico no sólo ejecutaría periódicos conciertos para aliviar la monotonía de la vida en el poblacho, sino que habría de concluir más de doscientas composiciones, muy pronto estrenadas por devotos intérpretes en diversas salas del país, y cuya fama garantizarían millares de fervorosos compatriotas.

Entre esas composiciones, habrían de figurar el famoso *Intermezzo No. 2*, más conocido como *Lejano azul*; danzas como *Añoranza* y *Malvaloca*; pasillos como *Por unos ojos negros*, *Endecha* y *La chata*; bambucos como *El republicano* y *Por un querer*; canciones como *Libélula*, *Lamentos de primavera* y *Cuando caigan las hojas*; valeses como *Chavita*, *Noches de abril* y *Soñando amor*; marchas como *Alma antioqueña*, *Águila negra* y *Coralito de mar*; e himnos como el del Regimiento Ayacucho, el de la Comunidad Salesiana y ese bellissimo que fue el *Himno del centavo de navidad*.

Caviloso, reconcentrado entretanto, Federico Lleras Acosta se encontraba lejos, sin embargo, de sentirse satisfecho. La situación de Luis Antonio entre aquella congregación de horror lo laceraba. Por aquellos días, su colega Miguel Jiménez López le prestó una monografía de la Universidad de Nueva Orleans, en la cual se describían los ensayos realizados en ese plantel para cultivar el *Mycobacterium Leprae*. Al finalizar la lectura, había comprendido cuál había de ser su misión en adelante. ¡Él mismo tendría que asumir aquella tarea titánica, sin consentirse desfallecimientos! Se proponía, pues, realizar el cultivo. No pondría mientes en las voces de desestímulo que, por aciaga y fatal necesidad, brotarían de los medios académicos. La fe y el tesón lo conducirían con buen viento. En la monografía que acababa de leer, estaba descrito el procedimiento. Se trataba, ahora, de contar con la asistencia de la fortuna.

Transmitió la idea a su antiguo maestro Claude Vericel y éste lo animó sin reticencias. Así, pues, no había que titubear: Federico Lleras Acosta consagraría las horas que antes desglosaba para placeres mundanos, al cultivo del bacilo de Hansen, con miras a la obtención del diagnóstico precoz de la lepra y, en la medida de las posibilidades, de una vacuna.

En su mente, la imagen del músico leproso, confinado como un réprobo, prevalecía por encima de todo. Algún día, sus trabajos aportarían los elementos indispensables para prevenir y tratar a tiempo la elefancia de los griegos. Se dijo, con cierto júbilo interior, que acababa de encontrar, a los treinta y nueve años, la final justificación de su vida. No se hacía ilusiones acerca de lo llano del camino. Sabía que iba a ser muy arduo y tortuoso y, a ratos, desconcertante. Sabía, sin sombra de duda, que los enemigos contra los cuales se proponía luchar eran seres sólo entrevisibles bajo el poderoso microscopio. Sabía cuán alevosos y elusivos eran. Sabía que había iniciado una guerra contra lo invisible.

IV

Un microscopio y una estufa



n el primer lustro del siglo XIX, cuando en el Nuevo Reino de Granada apenas afloraban las ideas que, unos años más tarde, informarían las largas luchas por la Independencia, un emigrante catalán tocó puerto en Cartagena de Indias y no tardó en trasladarse a Santafé. El hecho puede resultar curioso, pues —debido a leyes en contrario— no era frecuente que catalanes buscasen residencia en las colonias españolas de ultramar.

El que nos ocupa era barcelonés, ostentaba la calidad de oficial de marina en retiro, aspiraba a establecerse en la capital granadina bajo el flamante rótulo de comerciante y se llamaba José Manuel Lleras.

Aquel apellido carecía por completo de lustre en España. No se recuerda ningún Lleras distinguido en la historia de la península. Pero en la futura Colombia estaba llamado a procrear un buen número de individuos sobresalientes. Aquel José Manuel que instaló en Santafé un comercio de ultramarinos, engendró al primero de ellos, Lorenzo María, un escritor y jurisconsulto (1811-1868) que, entre otras muchas cosas, publicó tres libros de versos, rectoró el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dirigió el Teatro de Bogotá, fundó el Colegio del Espíritu Santo, tradujo diversos





José Jerónimo Triana.
Botánico de la Comisión Corográfica

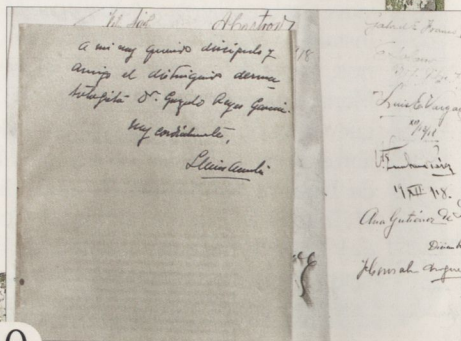
autores ingleses y franceses, practicó el periodismo polémico, fue diputado a la Cámara y, en 1852, secretario de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores.

A pesar de todo ello, supo agenciarse el tiempo necesario para ser un padre prolífico. De sus diecinueve hijos cabe decir que actuaron en forma aventajada como literatos, lingüistas, profesores de humanidades, matemáticos, naturalistas y filósofos. Por línea materna, estos nietos del viejo marino catalán

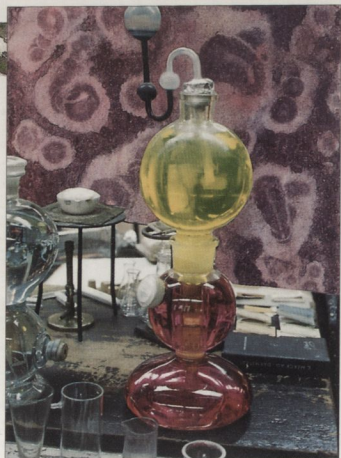
exhibían el apellido Triana, el cual los emparentaba con un eminente naturalista, el bogotano José Jerónimo Triana (1826-1890), que como botánico de la Comisión Corográfica exploró la totalidad del país y esqueletó seis mil plantas, muchas de ellas especies nuevas que le sirvieron para realizar valiosos estudios sobre la flora colombiana. Este don José Jerónimo se estableció en 1856 en Francia, para preparar la edición de un libro que recogería sus trabajos. Publicó allá, además, una provechosa *Monografía de las gutíferas*, que le valió un premio de cinco mil francos otorgado por el gobierno francés. En la Exposición Universal de París de 1867, recibió la honrosísima Gran Medalla de Oro. Llegó a desempeñarse algún tiempo, además, como cónsul de Colombia. Durante el sitio de París por los prusianos, perdió sus colecciones y manuscritos, lo cual aceleró su muerte.

De uno de aquellos diecinueve Lleras Triana, bautizado Federico, fue hijo el doctor Lleras Acosta.

Firma de Federico Lleras Acosta



Como todos sus hermanos, Federico Lleras Triana fue un humanista reconocido pero, ante todo, un profesor de ciencias matemáticas que enseñó en los principales planteles bogotanos y que, al morir en plena juventud, había escrito varios textos escolares muy populares en la época. Su esposa, Amelia Acosta de Lleras, por haber enviudado muy joven, debió colocarse al frente de su hogar y transmitió a sus hijos, Federico, Julio Eduardo, Carlos Alberto y Luis, la pasión por el estudio y una peculiar veneración por las disciplinas científicas. Desde muy niño, Federico Lleras Acosta —que había nacido en Bogotá el veintiocho de abril de 1877— sintió hervir en su sangre el amor por la medicina. Por eso, cuando en uno de los últimos años del siglo fue con honores hecho bachiller por el Colegio Nacional de San Bartolomé —el claustro de la esquina suroriental de la Plaza de Bolívar, donde asimismo había cursado la escuela primaria—, ya no dudó en matricularse en la Escuela de Veterinaria, fundada por Claude Vericel, con la idea de doctorarse en aquella ciencia, novísima en el país.



Vericel no era sólo, ya por entonces, un reconocido investigador en el ramo que, en su patria, habían enriquecido siglos atrás hombres como Ruel, Lafosse, Sauvage y Bourgelat, sino que como educador sabía granjearse la devoción y el entusiasmo de sus discípulos. Podría decirse que de un modo providencial, su patria chica fue la ciudad de Lyon, cuya Escuela de Veterinaria había sido fundada por el último de aquellos precursores, razón por la cual se la consideraba como

Claude Vericel en su consultorio veterinario



cuna de la veterinaria moderna. Por los tiempos en que, recién graduado, practicaba su profesión en el cantón francés de Tarare, recibió la inesperada visita del entonces cónsul de Colombia en París, que no era otro que el ya citado José Jerónimo Triana. El sabio botánico, preocupado por la inexistencia en su patria de disciplina veterinaria alguna, había alumbrado la idea de averiguar, en la Escuela de Lyon, quién había sido el graduado más brillante de las últimas hornadas. Le dijeron que Vericel, y ello, sumado a un segundo dato, según el cual el aventajado joven cultivaba también la ciencia de la bacteriología, lo animó a aquella sorpresiva visita. Sin preámbulos, le indicó que su gobierno estaría encantado de que se trasladase a Bogotá, donde a la sazón habían aparecido, en las reses que se sacrificaban, indicios de una tuberculosis vacuna. Joven, lleno de ánimo, picado por la curiosidad de conocer uno de esos países tropicales, Vericel dijo que sí. Meses después, hacía su ingreso en Bogotá por el camellón de San Victorino.

Fundada la Escuela de Veterinaria, a cargo suyo, como dependencia de la Facultad de Medicina y de Ciencias Naturales, el francés tuvo la fortuna, apenas en los primeros meses, de descubrir el *Oesophagostomum colombianum*, verdadero causante de los males advertidos en los vacunos. Inició, además, la batalla contra focos infecciosos capitalinos, tales como las cloacas que atravesaban la ciudad. Pocos años después, Federico Lleras Acosta, pariente no lejano de José Jerónimo Triana, era uno de sus alumnos. Otros eran Delfín Licht, Amadeo Rodríguez, Moisés Echeverría... Todos, desde su fecha de ingreso, dispuestos a iniciarse en las sabidurías de la escuela médica francesa, que por entonces era líder en el mundo. Ya habría Lleras Acosta de separarse, como también el mismísimo Vericel, de aquella orientación; mas, de momento, Francia, la patria de Pasteur, era el norte indiscutible. Allá habían nacido la bacteriología, la cirugía anti-séptica, las vacunas.

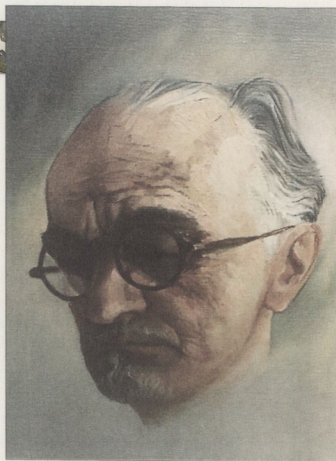
No tardó Lleras Acosta en convertirse en el discípulo predilecto del maestro. Juntos identificaron el *Piroplasma bovis* y el *Anaplasma marginale*, parásitos de la sangre animal, cuyo hallazgo cubrió de gloria a la Escuela. Rodaron también con mucho éxito en sus trabajos

para lograr la inmunización del ganado a ciertas enfermedades. Por esa vía, Lleras Acosta fue entrando, como por una puerta mágica, al mundo de los invisibles, al orbe de la bacteriología, que por aquellos años cobraba mayúscula importancia tanto en Europa como en los Estados Unidos. Vericel se hallaba al día en todos los descubrimientos realizados, a partir del siglo XIX, por Pasteur, por Behring, por Klebs... Su joven alumno se inició en el misterio de los cultivos bacterianos, en los cuales los corpúsculos se mantienen y conservan a temperaturas convenientes, para que formen colonias. En las técnicas especiales para obtener cultivos puros, mediante siembras sucesivas que dan lugar al aislamiento de las bacterias de especies determinadas, a fin de estudiarlas con todo cuidado. En el estudio de la resistencia de las bacterias a los diferentes agentes físicos, químicos y biológicos, para obtener medios estériles y antisépticos eficaces. En las inoculaciones artificiales, en la sueroterapia, en el serodiagnóstico...

Entretanto, el país se debatía en el fragor de la llamada Guerra de los Mil Días, agravada por la declaración de Independencia de Panamá. En una de aquellas azarosas jornadas, el caballo del escritor Tomás Rueda Vargas, que combatía a favor de los liberales en cercanías de la capital, tuvo algún accidente y quedó malherido. Don Tomás pidió a uno de sus hombres ir hasta la ciudad y traer al doctor Vericel. Grande fue su sorpresa cuando el enviado regresó con un jovencito de aspecto frágil y enfermizo, a quien las causas enfrentadas en aquella contienda parecían importarles un comino. El muchacho examinó a la cabalgadura, le proporcionó algún medicamento y, pese al escepticismo de Rueda Vargas, la cabalgadura sanó. Sobra decir que aquel precoz taumaturgo era ni más ni menos que Federico Lleras Acosta. Vericel, que confiaba en él a ojos cerrados, lo había enviado en su lugar, para afinar su práctica.

En 1902, Federico obtuvo su grado en veterinaria y bacteriología, de manos de su dilecto profesor, con quien estaba seguro de haber compensado, así fuera en parte, la pérdida de su padre. Su tesis versó sobre *La inspección sanitaria de las carnes*, asunto que mucha preocupación incubaba en el ámbito de la Escuela. Sin lugar a dudas, el

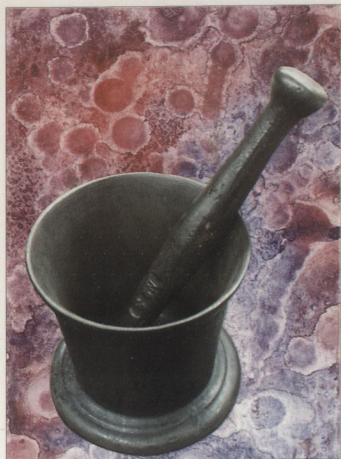
Óleo de Federico Lleras
Acosta, por Sergio Gómez.
Instituto Nacional de Salud,
Santafé de Bogotá



joven científico se hallaba ahora más interesado en la bacteriología que en la veterinaria. Por aquel entonces, aparte los experimentos emprendidos por Vericel, los empleos del microscopio y de los métodos de laboratorio, como auxiliares de la medicina, eran en la práctica desconocidos en Colombia. Desde luego, los textos en que la Facultad de Medicina fundaba su enseñanza, divulgaban ya con la necesaria amplitud aquella novedosa manera de caracterizar las enfermedades. Pero se carecía, si se exceptúan los que poseía la Universidad, tanto de los equipos imprescindibles como de profesionales duchos en su manejo. Así, el ojo clínico continuaba siendo fuente única de diagnósticos.

Consciente de ello, Lleras Acosta apeló a sus ahorros de estudiante para hacerse traer de Europa un microscopio que llenara las más recientes exigencias. Era éste ya de los que poseen una parte mecánica, compuesta por un soporte, con su pie y una columna articulada para darle la oblicuidad deseada, una platina, un tubo y un aparato de iluminación; y otra parte óptica, formada por los objetivos, los oculares y el condensador. El tubo llevaba en su parte superior el ocular, que se enchufaba en él, y en su parte inferior el objetivo, que se sujetaba a rosca. Ello permitía buscar con celeridad la imagen del objeto, centrarlo e iluminarlo, y usar después objetivos de diversos aumentos y de ajuste más complejo. Se podía subir o bajar el tubo mediante dos tornillos de enfoque, uno de movimiento rápido y otro de mo-

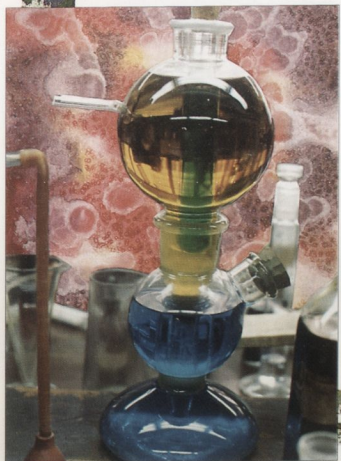




vimiento lento; con el primero se enfocaba sin dilaciones y con el segundo, que solía ser un tornillo micrométrico, se afinaba el foco.

Provisto de este delicado instrumento, el joven bacteriólogo podía ahora fundar en Bogotá el primer laboratorio privado de química orgánica, de bacteriología y de parasitología, disciplinas preciosas para perfeccionar el diagnóstico. Hacía ya meses, había iniciado noviazgo con una joven, Amalia Restrepo, que guardaba parentesco con uno de los más celebrados escritores y poetas de la época, el señor Antonio Gómez Restrepo,

discípulo del erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo. Este personaje, más tarde, había de ser considerado «príncipe de los críticos colombianos». El día treinta de mayo de 1903, contrajeron matrimonio en la Catedral Primada. A partir de 1906, cuando Federico decidió por fin abrir al público su laboratorio, Amalia se constituyó en su única asistente. En ese recién montado gabinete, los implementos, a más del microscopio, consistían tan sólo en una estufa y en una lámpara de petróleo que la alimentaba. A menudo, la joven pareja permanecía hasta altas horas de la noche observando los piroplasmas animales u otros organismos microscópicos bajo la lente maravillosa.



Subsistía un factor adverso, sin embargo, y se refería a la desconfianza que, por extremo conservadurismo, inspiraban en la mayoría de médicos locales los métodos de laboratorio. Apenas uno que otro, por haber estudiado en Francia o en Alemania, condescendía a tal importante constatación. Por eso, los primeros años que pasó Lleras Acosta al frente del laboratorio, trajeron aparejados ciertos

obstáculos económicos. Fueron, por lo demás, los años en que empezaron a llegar al mundo sus diez hijos: cuatro varones, Federico, Carlos, Roberto y Enrique Lleras Restrepo, y seis mujeres, Isabel, Elvira, Amelia, Inés, María Antonia y Helena. El segundo de los hombres, nacido el doce de abril de 1908, había de convertirse en uno de los personajes públicos más prestigiosos del país, cuyos destinos rigió de 1966 a 1970; la primera de las mujeres, nacida en 1911, aunque inicialmente quiso ser violinista, devendría una exquisita poetisa, cuyo *Romancero de Santafé* había de resultar laureado en 1938 por la Academia Colombiana de la Lengua.

No sólo en el campo económico el destino reservaba adversidades a este espíritu científico: desde muy joven, su columna vertebral y, en general, su esqueleto, comenzaron a acusar flaquezas que lo obligaron, por el resto de su vida, a vivir acompañado de un complejo dispositivo ortopédico. Movilizarse era para él arduo empeño. Contra lo que hubiera sido de esperarse, ello no entorpeció su trabajo. La postura frente al microscopio le resultaba dolorosa, pero insistió en ella con el tesón de un apóstol hasta el fin de sus días. Sólo su familia constituyó para él, según habrían de atestiguarlo quienes lo conocieron con cierta intimidad, prioridad sobre su labor. Poseía una voluntad de hierro que, unida a un culto insistente por el trabajo, hizo de él esa especie de arquetipo profesional que tanto entusiasmó al mundo académico de la primera mitad del siglo XX. Éste, por supuesto, no tardó en incorporarlo al elenco de profesores de la Facultad de Medicina y de Ciencias Naturales. Su cátedra gestó, hasta el día mismo de su fallecimiento, hornadas de bacteriólogos una tras otra. En sus alumnos, inspiró siempre una admiración indoblegable. Poseía el dón de la pedagogía y sus clases solían ser de una sencillez paradigmática.

Lo asistía, por igual, una irrevocable vocación de servicio social. Ajeno por completo a los vaivenes de la política, el hombre que, sin embargo, procreó a ese nervioso político que fue Carlos Lleras Restrepo, se preocupó siempre, en cambio, por la necesaria actitud social de la medicina. Ya nos ocuparemos, andando este libro, de los escollos que encontró cuando quiso cambiar la concepción francesa de su profe-

sión por la concepción estadounidense. De momento, aludiremos tan sólo a las investigaciones que culminó, con el mayor de los éxitos, para erradicar ciertas patologías que incidían con suma gravedad en la vida colombiana. La primera de ellas, el llamado *carbón sintomático*, que ataca a los ganados. Nuestro hombre se aplicó a su análisis, recogiendo muestras de sangre y colocándolas bajo su lente, hasta conseguir el aislamiento del bacilo que lo produce y, en consecuencia, como aplicación práctica, preparar una vacuna anticarbonosa que salvó la industria pecuaria asentada en la sabana de Bogotá. Su informe, presentado en 1908 a la Academia Nacional de Medicina, le valió de inmediato el ser aceptado en ella, a los treinta y un años, como miembro de número.

Un año más tarde, Federico Lleras Acosta presentó al gobierno nacional una monografía sobre la ranilla o malaria bovina, entidad patológica que ha constituido el mayor flagelo de los ganados de la América del Norte (donde se la conoce como *fiebre de Texas*) y de las colonias inglesas, y que amenazaba con diezmar los de Colombia. Este mal es producido por el esporozoario *Babesia bigemina* y transmitido por el ácaro *Boophilus annulatus* o *Margarodes annulatus*. Lleras Acosta demostró que, en nuestro suelo, el agente transmisor era un artrópodo y, en un trabajo que fue calificado como «magistral», recomendó ciertas preparaciones microscópicas e indicó ciertos procedimientos clínicos y profilácticos que constituyeron, durante largos años, el único recurso contra aquella plaga.

Bien pronto, al bacteriólogo bogotano le fue encomendada la dirección de casi todos los laboratorios oficiales. Su trabajo era invaluable y sin par en el país. Ya fuese en tales nuevas sedes o en su gabinete privado, sus pesquisas se diversificaron de un modo pasmoso. Llegó a publicar un altísimo número de memorias sobre problemas sanitarios, una de ellas el primer estudio bacteriológico de las aguas de Bogotá, realizado en 1908, que encaminó en lo sucesivo la acción de las autoridades municipales. Dos años más tarde, presentó a las llamadas Sesiones Científicas del Centenario su *Investigación del bacilo de Koch en la orina*, que permitió una nueva forma de diagnóstico de la tuber-

culosis. Por esos mismos días, combatió con éxito, mediante técnicas propias, una plaga de langostas que afectaba los principales centros agrícolas del país.

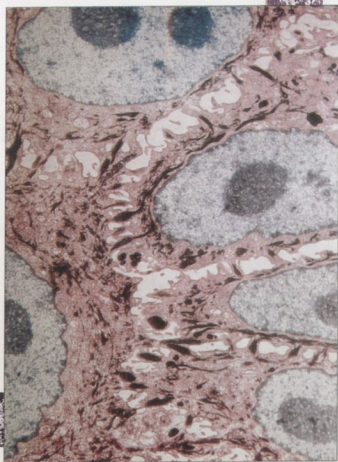
Fueron tales los triunfos que, en los diversos frentes bacteriológicos, cosechó el alumno de Vericel, que cuando, unos capítulos atrás, lo presentamos en 1916, abocado al diagnóstico de la lepra en Luis Antonio Calvo, la totalidad de los médicos bogotanos utilizaba ya los servicios de su laboratorio. Con el paso de los años, otros bacteriólogos, colecta todos del veterinario de Lyon, abrieron los suyos propios. Lleras Acosta había sido el pionero. Cuando, en el citado año, el viaje a Agua de Dios con el músico enfermo lo persuadió de que debía encaminar en forma prioritaria sus esfuerzos a tratar de cultivar fuera del cuerpo humano el bacilo de la lepra, en el país todos se asombraban de lo mucho que aquel hombre tímido, pequeño, encogido, sostenido por un artefacto ortopédico, había podido lograr con sólo un microscopio, una estufa y una lámpara de petróleo.

V

Cultivar el invisible

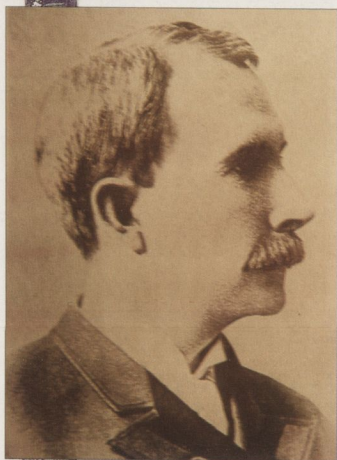


lo largo de sus años de estudiante y de los diez que ya contaba ejerciendo la bacteriología en su laboratorio, Federico Lleras Acosta había velado en sus altares espirituales la figura señera de Louis Pasteur. Sería, por supuesto, una veneración que habría de acompañarlo hasta su lecho de muerte. En cierto modo, su vida, hacia 1916, se asemejaba de un modo por demás asombroso a la de aquel maestro. Cualquiera podía recordar, por ejemplo, cómo las memorias presentadas por el médico bogotano a la Academia de Medicina y al gobierno nacional habían seguido los pasos de las de Pasteur. Como él, el francés había empezado ocupándose de las enfermedades de los animales, cuando en 1865 descubrió, por encomienda de su gobierno, el origen microbiano de la pebrina, afección del gusano de seda que causaba estragos en las regiones serícolas del sur de Francia, y propuso como remedio el aislamiento y selección de las mariposas sanas; cuando descubrió el bacilo del cólera en las gallinas y logró inmunizar a las aves contra el mal; cuando inmunizó a los carneros de la Beauce con un cultivo atenuado de la bactericida carbuncosa; etc., etc. Aquellos pasos iniciales terminaron conduciendo a Pasteur hacia el estudio de la rabia, que le llevó a descubrir la vacunación antirrábica. Al llegar a este punto, había postulado un flamante método terapéutico de lucha contra la infección, imitando el



proceso normal de curación de la mayor parte de las enfermedades infecciosas. En otras palabras, había revolucionado la medicina.

A aquellas alturas de su carrera (cuando en 1916 decidió emprender su guerra contra la lepra), en Lleras Acosta prevalecían todavía, en consonancia con su admiración hacia Pasteur y hacia su maestro Vericel, los principios generales de la escuela francesa

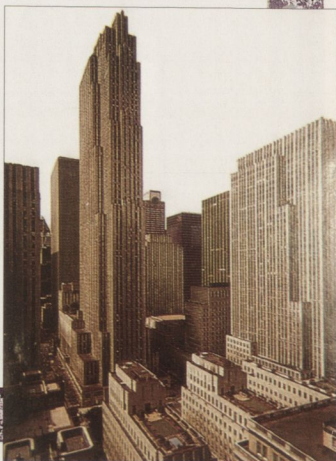


John D. Rockefeller
a los 40 años



Vista aérea
de un campo de petróleo

Centro Rockefeller
en Nueva York



de medicina. No obstante, y sin que se atenuaran sus veneraciones, a partir de aquel año —quién sabe si bajo la pesadumbre que le causó la feria de horrores de Agua de Dios— su punto de vista se alteró en forma sensible. Para comprender este cambio de actitud, hay que advertir que, en aquellas mismas fechas, el gobierno colombiano había vendido a la Tropical Oil y a la Gulf Oil Company las tierras petroleras que, once años



"Sabiduría", de Lee Lawrie,
en el centro Rockefeller de
Nueva York

Centro dermatológico
Federico Lleras Acosta en
Santafé de Bogotá

John D. Rockefeller
jugando golf



atrás, el presidente Rafael Reyes había entregado al general Virgilio Barco y al señor Roberto de Mares. Los compradores eran compañías estadounidenses y, ya para entonces, el gobierno de Washington consideraba que el método de la cuarentena impuesto por los organismos sanitarios de Europa con relación al cólera, a la fiebre amarilla, a la peste bubónica, a la viruela y a otros brotes pestíferos, se había convertido en obstáculo para el comercio internacional, pues obligaba a los buques a permanecer



varios días al ancla antes del desembarco. Lo anterior significa que el gobierno americano se hallaba inclinado a propiciar nuevas formas de lucha contra las enfermedades infecciosas y que, por haberse convertido en uno de sus proveedores de petróleo, Colombia debería quedar incluida en tales planes.

Por otra parte, los muy abundantes intereses que el estadounidense John D. Rockefeller (propietario, dicho sea de pasada, de la Tropical Oil Company) poseía en el

mundo entero, lo habían obligado desde tiempo atrás a adoptar una concepción propia acerca de los problemas de salubridad de los países en los cuales realizaba sus cuantiosas ganancias. Miembro devoto de la iglesia bautista, Rockefeller había resuelto anteponer el concepto de *filantropía* al concepto de *caridad cristiana*. La filantropía predica un sentimiento de fraternidad humana y una beneficencia consistente, no en socorrer individualmente a los desdichados, sino en mejorar la suerte de la totalidad de los hombres, en particular por intermedio de instituciones benéficas. Acorde con tal idea, el industrial americano llamó a su lado al reverendo Frederick T. Gates, de la iglesia bautista, para que implantara en el mundo, en la medida de sus inmensas posibilidades, la filantropía científica. (No es ocioso anotar aquí de qué modo, para un multimillonario, resulta asaz ventajosa esta última práctica, ya que los capitales en ella invertidos se hallan exentos de impuestos.) Nacieron así el Instituto Rockefeller para la Investigación Médica y la Comisión Sanitaria Rockefeller, organizaciones destinadas a que el hombre ordinario pudiese advertir los buenos resultados de la salubridad pública. Su primera gran campaña fue contra la uncinariasis que afectaba a millones de trabajadores de las plantaciones sureñas. En 1910, el instituto y la comisión se aglutinaron para formar la Fundación Rockefeller, dirigida ante todo a luchar contra las enfermedades que asolaban los países tropicales.

Ello planteó una discordia entre el concepto de *higiene* que dominaba en Europa (y, por tanto, en Colombia) y el nuevo concepto de *salubridad pública*. El primero de ellos separaba las enfermedades en dos grandes grupos: las causadas por el encuentro fortuito entre el hombre y las *miasmas* o sustancias pútridas suspendidas en el aire y las que podían ser consideradas producto de hábitos personales o de formas de vida. De aquéllas se encargaba la higiene pública; las últimas eran, en cambio, asunto privado de quien las sufría. Así, en el dominio de las «enfermedades privadas», el Estado se limitaba a instituir en los colegios asignaturas que indujesen a la higiene personal e impartiesen ciertas normas de urbanidad. Era el criterio que prevalecía en Colombia, donde la recuperación de la salud era juzgada problema del fuero individual, sin relación alguna con la actividad del Estado. A éste último, según aquel punto de vista, sólo correspondía velar por que la práctica médica poseyese el adecuado nivel técnico y jurídico.

Aunque inspiradas tal vez en el interés económico, las políticas sanitarias que los Estados Unidos deseaban imponer a escala internacional rebasaban estos criterios y establecían uno mucho más importante: el de la salubridad pública, entendida como un perpetuo velar por la salud del conglomerado social. Por lo demás, tales políticas se hallaban sólidamente fundadas en los enormes avances de la microbiología —el ramo particular de Federico Lleras Acosta—, que parecían implicar el surgimiento de una nueva epidemiología inspirada en terapéuticas masivas o, en otras palabras, en la necesidad de erradicar socialmente las enfermedades. En el año de 1916 que nos ha venido ocupando, la Fundación Rockefeller concentró sus esfuerzos en la erradicación de la fiebre amarilla, que devastaba los países tropicales, y en ir sensibilizando a los diferentes núcleos humanos respecto a las ventajas de este género de acción. En Colombia, la irrupción de estas nuevas ideas dividió tanto al cuerpo médico como a los políticos. Mientras unos se aferraban a los postulados franceses, otros luchaban por imponer los de salubridad pública. Federico Lleras Acosta militó, a veces contra viento y marea, entre estos últimos. Ya habremos de ocuparnos de las consecuencias de esa militancia. Volvamos un poco, de momento, a la actividad incesante del médico, que por ese entonces era ya profesor honorario de la Facultad de Medicina y de Ciencias Naturales.

En 1919, en colaboración con su colega José del Carmen Acosta, el bacteriólogo bogotano presentó al Congreso Médico de Tunja una memoria titulada *Tratamiento del tabes por el suer o salvarsanizado*, destinado ya no a la cura de ganados, sino a la medicación de personas atacadas de ataxia locomotriz. El sistema, acogido por gran cantidad de facultativos en toda la nación, arrojó, según atestigua el profesor Miguel Jiménez López, «resultados sencillamente admirables, en una estadística que comprende no menos de treinta casos de tabes, que no solamente fueron detenidos en su evolución, sino que retrocedieron en los más de sus síntomas». No obstante, por razones misteriosas, fue abandonado al cabo de algunos años, sin que nada hubiese venido a reemplazarlo. A ese mismo Congreso, y esta vez en colaboración con el profesor Calixto Torres Umaña, Lleras Acosta propuso otra memoria titulada *Epidemia de enteritis de los niños, pr oducida por el enter oco*. En este punto de sus investigaciones, nuestro personaje



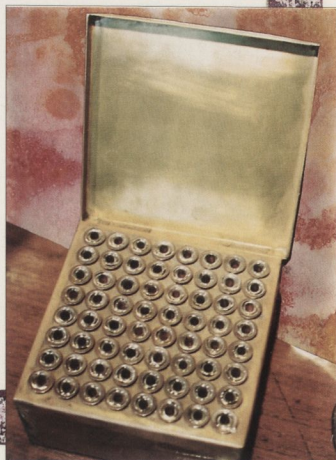
transitaba ya, con pie firme, los dominios de su modelo Pasteur.

En efecto, este estudio, a más de su valor clínico y bacteriológico, tuvo como consecuencia aplicable la producción en el laboratorio de Lleras Acosta, cuyas retortas y tubos de ensayo habían ido haciéndose más numerosos, de vacunas inyectables e ingestivas, que resultaron arma poderosísima contra el temible mal infantil. A la sazón, el bacteriólogo se había propuesto seguir con atención los métodos que, en Europa, había practicado Bredoska para la preparación de los antivirus bacterianos. Así, también en asocio de José

del Carmen Acosta, preparó y aplicó los antivirus estreptocóccicos, en iniciativa que presentó ante la Academia de Medicina bajo el título de *Nuevas orientaciones en el tratamiento de la infección puerperal*.

Jiménez López testimonia cómo ese nuevo tratamiento por los filtrados del estreptococo, aplicado en la sala de maternidad del Hospital de San Juan de Dios, redujo la mortalidad por septicemia puerperal de un ochenta y cinco a un treinta y cinco por ciento, lo cual implica un logro mayúsculo en cualquier latitud del mundo.

Unos años antes, Federico Lleras Acosta —que ya escribía sobre temas de actualidad y aplicaciones prácticas de los tratamientos, en publicaciones como la *Revista Médica*, la *Revista del Colegio del Rosario*, la revista *Cromos* y los diarios *El Tiempo* y *El Espectador* — había participado en la recomendación que la Academia de Medicina hizo al gobierno nacional para que solicitara a la Fundación Rockefeller el envío de una comisión que determinase la presencia de fiebre amarilla en el país. El informe de la Academia subrayaba los resultados obtenidos por campañas similares en Cuba, México y Panamá. Ahora, en 1919, el organismo médico solicitaba la cooperación



de la Fundación en una campaña para erradicar la uncinariasis o anemia tropical. Un estudio previo, realizado en el departamento de Cundinamarca, dejó explícito que, de cada cien personas residentes en esa área, noventa y cinco albergaban alguno de los tres parásitos transmisores de aquella afección. La campaña, pues, se adelantó mediante la creación, por el gobierno colombiano, en 1920, del Departamento de Uncinariasis, cuyas actividades tomaron comienzo en la zona cafetalera andina, en donde la enfermedad era endémica. Éstas implicaron, entre otras muchas cosas, la instalación de letrinas en las viviendas de los campesinos y una acometida propagandística a fin de modificar sus hábitos higiénicos. Un tiempo después, entre 1922 y 1923, la Fundación Rockefeller colaboró en el estudio y control de la fiebre amarilla en Bucaramanga. Vale la pena asentar aquí la forma como esta peste, en una pandemia aparecida entre 1918 y 1919, había matado a quince millones de personas en el mundo.

Colombia había entrado, pues, en la era de la salubridad pública, y Lleras Acosta podía felicitarse de haber visto progresar su punto de vista por encima de aquél de los afrancesados. No obstante, el país seguía aferrado a los progresos que la medicina hiciera en Europa o en los Estados Unidos, sin preocuparse para nada en impulsar una investigación autóctona. Su laboratorio disientía de esa



Lámina extraída del Atlas de Vesalio (1543): de corporis humani fabrica, libri septem.

posición y, tal y como se lo había propuesto desde 1916, nuestro bacteriólogo continuaba empeñado en despejar la tiniebla que envolvía todo lo referente al *Mycobacterium leprae*. Cuatro eran los puntos esenciales que se había prometido esclarecer: el cultivo del bacilo de Hansen por fuera del cuerpo humano; la inoculabilidad del mal en las especies animales; la fijación de una reacción serológica para diagnosticarlo; y la posibilidad de producir en animales inoculados un producto biológico que sirviera como tratamiento causal de la enfermedad en los humanos.

Se trataba de una labor que exigía paciencia y tesón. A lo largo de cuarenta años, perseverantes laboratorios europeos y estadounidenses habían intentado en vano cultivar *in vitro* el bacilo leproso. Pero unos años antes, Lowenstein había logrado, en cambio, el cultivo del bacilo de la tuberculosis. Lleras Acosta se propuso, en consecuencia, imitar sus procedimientos y tratar de cultivar sangre de enfermos de elefancia en el medio de Petragrani, es decir, merced a un sistema opuesto al descrito en la memoria de la Universidad de Nueva Orleans que le facilitó Jiménez López. En pocas palabras, el método consistía en acudir como fuente bacteriana, no al leproma, tal cual se había intentado hasta el momento, sino a la sangre del enfermo, como Lowenstein lo había discurrido.

La experiencia había de tomarle veinte largos años, antes que se atreviera a publicarla. A su lado, Amalia Restrepo alternaba el cuidado de sus hijos con su función de asistente. Entretanto, Lleras Acosta se ocuparía en desempeñar también, a más de su cátedra honoraria en la Facultad de Medicina, la dirección del Laboratorio Municipal de Bogotá (que él mismo fundó), una membrecía dentro del Consejo de Sanidad, la rectoría de la Escuela Nacional de Veterinaria —en reemplazo de su maestro Vericel—, la dirección del Laboratorio «Santiago Samper» —cuyo sueldo era cubierto por la Fundación Rockefeller—, etc. En los años corridos entre 1920 y 1936, el sabio profesor no tuvo apenas instantes de reposo. Los inconvenientes que le causaba el hallarse sujeto a un esqueleto artificial, solía sobrellevarlos recordando de qué modo su maestro Pasteur, atacado por la hemiplejía, debió trabajar casi toda su vida agobiado por toda suerte de mortificaciones. En su gabinete, había colgado dentro de un marco la expresión de Goethe: «El que estriba en su voluntad firme, forja el mundo a su gusto».

El paso de los días iba trayéndole satisfacciones dosificadas. Ya hemos dicho que una de sus metas consistía en inocular el bacilo de Hansen en especies animales. Hacia 1930, todo parecía indicar que había logrado hacerlo en ratones blancos, en macacos, en conejos y en curies. El hecho fue que la inoculación, realizada por diferentes vías, produjo en tales especies ciertos caracteres que una comisión de anatomopatologistas de la Universidad Nacional identificó como representativos del nódulo leproso. El dictamen era discutible y Lleras Acosta prefirió siempre conservar un poco de su razonable escepticismo. Pero es lo cierto que, a medida que sus experimentos progresaban, su prestigio iba creciendo no sólo ya en el medio académico, sino en el grueso de la opinión pública. La prensa informaba con amplitud acerca de sus trabajos y, en el ámbito internacional, comenzaron a lloverle honores, tales como la Cruz de la Legión de Honor y la calidad de oficial de instrucción pública, otorgados por el gobierno francés, y el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Costa Rica. En cierto momento, era palmario que el bacteriólogo se había convertido en una leyenda viviente.

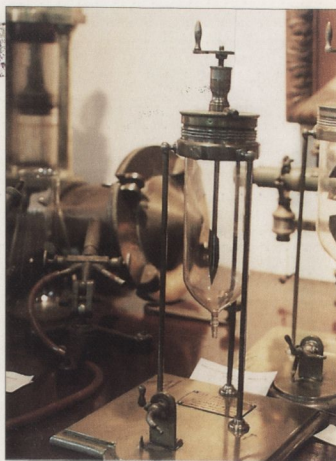
Su siguiente iniciativa, para ir adelante con la investigación, suponía la obtención de una reacción serológica con miras al diagnóstico precoz de la lepra. Lleras Acosta partió de sus propios cultivos, poniéndolos en presencia de la sangre del paciente en exploración, y con ello logró la llamada «reacción Lleras», análoga a las reacciones de Wassermann y de Kahn para la sífilis. En este punto, sus dudas resultaron más agobiantes. Largos años reprodujo una y otra vez el experimento, a fin de obtener una certidumbre a toda prueba. Pero, en tales trabajos, ésta es siempre pobre y hasta la fe más acendrada tambalea. La esperanza del investigador se cifraba, por lo demás, en conseguir de los animales inoculados un suero preventivo y curativo de la lepra. Tal sería, sin duda, la culminación de su obra y el beneficio que derramaría como un bálsamo sobre la humanidad. Pero ese suero parecía todavía muy lejano. En la Universidad Nacional y en el Laboratorio «Santiago Samper», así como en algunos ámbitos europeos, se realizaron a instancias suyas experimentos con la reacción, y una estadística de siete mil casos parecía señalar éxito indudable. Pero —él lo sabía— la estadística es siempre engañosa.

Entretanto, los vaivenes de la política nacional habían llevado al solio de los presidentes, en representación del Partido Liberal, al señor



Hygieia, hija de Esculapio, mujer serpiente, símbolo de la medicina.

Detalle para mural de Gustav Klimt. 1897



Alfonso López Pumarejo, hombre de ideas abiertas al futuro y de fe indolegable en la capacidad de los colombianos, cuya posesión

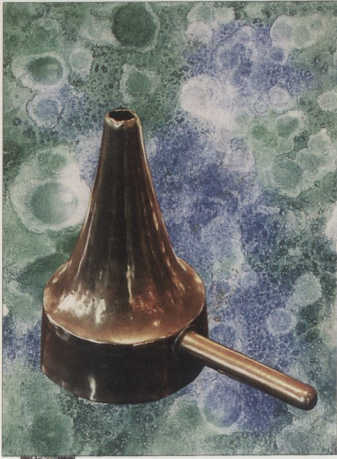
se llevó a cabo el día siete de agosto de 1934. Dos años antes, el diez de marzo de 1932, una conferencia de leprólogos reunida en Bogotá había recomendado fundar laboratorios para investigar la enfermedad. López Pumarejo había entrado en conocimiento de los experimentos de Lleras Acosta gracias a la amistad que, por razones políticas, había entablado con el segundo de los hijos de éste, el señor Carlos Lleras Restrepo, quien de presidente del Congreso Nacional de Estudiantes, en 1928, había pasado a ser vicepresidente de la Convención Nacional del Liberalismo, diputado a la Asamblea de

Cundinamarca y, en 1932, secretario de gobierno de Bogotá. A sólo pocos días de su posesión, el día dieciséis de agosto, el nuevo mandatario anunció la creación por su gobierno del Laboratorio Central de



Cruz de Boyacá





Fotografía: Elsa Zambrano

Investigaciones de la Lepra, del cual nombró director a Lleras Acosta, con un salario mensual de trescientos pesos. Se trataba, como es fácil verlo, de un altísimo estímulo, y así lo entendió nuestro personaje. Debido a ello, lo asediaron aún más las dudas, incisivas y tenaces, acerca de si debía o no publicar sus experimentos. Por esos días, su amigo Luis Zea se propuso animarlo, diciéndole:

—Acuérdate que a veces el milagro no lo produce el prior, sino el lego.

Por su parte, Jiménez López no cesaba de recordarle que su «buena estrella», tantas veces demostrada, y la pro-

Caricatura sobre el origen de la vacuna. (siglo XVIII)



L'ORIGINE DE LA VACCINE.



tección del cielo tendrían que conducirlo al éxito. Por aquellos días, asistió lleno de emoción al homenaje nacional que, en el Teatro Colón, se ofreció a Luis Antonio Calvo, famoso ya como compositor, y en el cual habló el poeta y escritor Juan Lozano y Lozano y actuó el maestro Emilio Murillo. El orador, que fue uno de los mejores prosistas de la época, dijo en algún momento: «Calvo es un excelso milagro del espíritu. Más que en cualquier otro artista, la envoltura terrena ha sido en él caduca y miserable. Parece que el espíritu hubiera librado en él una batalla más recia y más efectiva que en cualquier otro ser humano para liberarse y expandirse. Si alumbrar es arder, como lo dijo el poeta, el ánimo de Calvo mordió con lenguas de fuego la carne dolorosa, en modo de calcinar y aniquilar todo contacto con la pequeña vanidad humana. Altas y elaboradas lámparas señalan el viacrucis del arte colombiano. Calvo no es una lámpara ni un faro, según la imagen tan vieja y tan exacta, sino una inmensa llama».

En efecto, el músico leproso se hallaba de pie en el escenario, lleno como siempre de una modestia excesiva, y oía con emoción el discurso. El leprocomio le había extendido un permiso efímero para comparecer en el homenaje. Lleras Acosta no apartaba los ojos de aquel hombre encogido, ya de edad madura, que como él había erigido la voluntad en su máximo poder. Que había transformado su infierno en un dulce venero de canciones. Y, reparando en su físico, se dijo que en él los tratamientos tenían que haber resultado afortunados, pues no acusaba deterioro mayor que cuando ingresó en Agua de Dios. Al final de la velada, cambió unas pocas palabras con Calvo. Éste, al revés que en otros días, se mostraba optimista y seguro de sí. Y, de pronto, el médico sintió que le crecía en el alma un orgullo exaltado. Sintió que él y sólo él había de liberar en lo futuro a los enfermos de ese mal. Sintió que sus largos años de trabajo no podían ser en vano.

Finalmente, el dieciséis de agosto de 1935, al influjo de aquella emoción, decidió presentar a la Academia Nacional de Medicina la memoria completa sobre sus experimentos. Fue un paso que lo condujo a grave ansiedad de espíritu, pero que era preciso acometer. En forma preliminar, declaró ante sus colegas que había aislado y cultivado un bacilo ácido resistente, con los caracteres morfológicos y las reacciones colorantes del bacilo de Hansen, aunque todavía no pudiese demostrar que éste fuese el auténtico bacilo de la lepra. En el fondo,

sin embargo, por obra y gracia de las voces de aliento de sus amigos, el bacteriólogo se hallaba, ahora sí, convencido de la puntería de su hallazgo. Para más perfecta convicción, el profesor H.C. Souza Araujo, jefe del laboratorio de leprología del Instituto «Oswaldo Cruz», del Brasil, había repetido y corroborado sus trabajos. Sólo un tiempo después, abocado ya a foguearlos ante la mirada del mundo, las dudas habían de rebrotar en él, más pungentes y empeñosas. De momento, sus colegas más cercanos dijeron estar de acuerdo: había cultivado el bacilo. El entusiasmo de Lleras Acosta era ahora desbordante.

Fue así como, el día dieciséis de junio de 1936, el antiguo discípulo de Vericel anunció en forma triunfal a la Academia de Medicina, ante un auditorio emocionado y estupefacto, que sus largas investigaciones habían conquistado el sueño de tantos otros: el cultivo del *Mycobacterium leprae*. El júbilo de los presentes colmó toda medida. Lleras Acosta argüía las confirmaciones brasileñas y el concepto de tres médicos acerca de las lesiones anatomopatológicas halladas en animales inoculados con los cultivos. En cierto momento, algunas voces, encabezadas por el médico Abraham Afanador, se dejaron sentir como desafinaciones en una laboriosa sinfonía: alertaban sobre la casi seguridad de que esos cultivos fuesen tan sólo contaminaciones y no en puridad el bacilo de Hansen. Los amigos de Lleras Acosta las acallaron, casi con ira. En la reseña posterior de los acontecimientos, no se dudaría en tildarlas de «envidiosas».

Las consecuencias de aquella velada gloriosa no se hicieron tampoco esperar: en los periódicos, el científico fue aclamado como héroe y, el día tres de septiembre de 1936, se le daba posesión como nuevo presidente de la Academia de Medicina. Por aquellos días, el profesor John Reenstierne, de la universidad sueca de Uppsala, que se desempeñaba a la sazón como inspector de lepra de su país, pasó en misión oficial por Bogotá. El gobierno de López Pumarejo no titubeó en solicitarle concepto acerca del hecho que mantenía conmovido al país. Reenstierne visitó el laboratorio de Lleras Acosta, donde fue puesto al corriente de todos los pasos de la investigación y donde observó al microscopio los resultados. A renglón continuo, declaró al gobierno y a los periódicos que avalaba por completo las afirmaciones de Lleras Acosta: los cultivos eran genuinos. El día doce de noviembre, la Universidad de Antioquia otorgó al científico el título de doctor *honoris*

causa. El veintitrés, se leyeron en la Academia dos estudios de discípulos suyos que decían confirmar sus hallazgos. El veinticuatro, el diario *El Tiempo* tituló en primera plana: «Leprólogos brasileños piden la asistencia del doctor Lleras», aludiendo a la IV Conferencia Internacional de la Lepra, que había de celebrarse en El Cairo el año siguiente. A raíz de todo ello, la Academia de Medicina no dudó, en su sesión del quince de diciembre de 1937, en publicar una declaración que decía:

»1. Las investigaciones del profesor Lleras Acosta son de un alto valor científico y deben continuarse para poder fijarles su valor definitivo en relación con la bacteriología de la lepra;

»2. La reacción serológica de Lleras puede considerarse como la parte más importante de sus trabajos y ofrece perspectivas de extraordinario interés en su aplicación al diagnóstico y profilaxis de la lepra;

»3. Los trabajos de investigación a que nos referimos representan un progreso indudable en el estudio de la lepra y merecen todo el apoyo que les han dispensado el gobierno nacional y la Academia de Medicina; y

»4. Copia de estas conclusiones debe pasarse al gobierno nacional por conducto del señor ministro de educación».

Firmaban el concepto los médicos Roberto Franco, Julio Aparicio, Alfonso Esguerra Gómez y Pedro J. Almanzar. Leído lo anterior, el gobierno de López Pumarejo, siempre deseoso de enaltecer el trabajo científico vernáculo, otorgó a Lleras Acosta la Cruz de Boyacá, máxima condecoración colombiana, y lo nombró presidente de la delegación del país al congreso de El Cairo. A comienzos de 1938, el bacteriólogo se aprestaba a viajar a la capital egipcia, vía Marsella. Por esos días tuvo lugar la visita a Vericel. Por esos días, también, las dudas rebrotaron en su mente.

VI

El ángel implacable



a silla de extensión había sido desplegada en cubierta, en aquella cubierta acariciada por un viento templado que portaba en sus alas el reconfortante aunque áspero perfume del mar. Federico Lleras Acosta hizo a un lado el bastón de guayacán y se aprestó a tenderse, ayudado por sus hijas Elvira e Isabel, que lo asistían en el viaje. El cielo desplegaba ante sus ojos un azul sin límites, apenas moteado por dos o tres grandes nubes de un blanco acaso fastuoso, en parte ya deshilachadas. Un poco más allá, hacia el lado de proa, un grupo de turistas, hombres y mujeres en atavíos deportivos, chapurreaba un inglés impuro y grotesco, sin evitar ciertas ínfulas de gran mundo que a él sólo podían resultarle irrisorias. En términos generales, había evitado siempre todo trato con estas gentes que iban y venían en los trasatlánticos como si el planeta fuese una pista de patinaje que era preciso agobiar no sólo con la nerviosa movilidad, sino con la verbosidad. Varias veces había surcado el Atlántico en ambos sentidos y se conocía de sobra la ralea que era posible topar en primera clase.

Se sintió cómodo y así lo manifestó a sus hijas. Mientras él

Fotografía Elsa Zambrano



se dedicaba, metido bajo dos cobertores, a la lectura, quería dejarlas en libertad para disfrutar algunas delicias del crucero. Elvira e Isabel se lo agradecieron con sendos besos. Alegrementemente se retiraron hacia la sala de juegos, en la que a esa hora —serían las diez de la mañana, según el tiempo cambiante de altamar— se practicaban algunos deportes de sala. El científico prosiguió la lectura que lo traía embebido desde la madrugada. En la proa, los turistas gárrulos de hacía un momento parecían haberse esfumado y, salvo dos oficiales que intercambiaban palabras en una lengua indescifrable, la cubierta era



Retrato de una mujer joven.
1485. Botticelli

Detalle de "Atenea y el Centauro" Botticelli. 1482



ahora un ámbito de propicia soledad. Abrió la revista inglesa —una de esas que se especializan en ciencias— y paseó la vista, otra vez, sobre aquel párrafo inspirador. Se revelaban allí los decisivos estudios que, con miras a una vacuna contra la fiebre amarilla, realizaba, en la Fundación Rockefeller de Nueva York, el médico sudafricano Max Theiler. Sin duda, se dijo, el progreso de la medicina aceleraba su marcha. ¡Qué de prodigios no podrían esperarse andando el siglo!

De repente, una fuerza misteriosa volvió a atraer su atención hacia el lado de proa. No, no era el escándalo de los turistas, sino algo que al

comienzo no percibió con claridad, pues sintió que su corazón se había puesto a galopar y amenazaba, pensó, con desbocarse. Parpadeó con lentitud y vio entonces lo que, antes de haberlo percibido, había atraído su atención. Se trataba de una mujer de talante nórdico, llena de una pausada majestad, con unos ojos azules que parecían lejanías, unos bucles rubios que brotaban del combado sombrero coronado por una gran pluma, una recta y suave nariz y labios de turbadora sensualidad. Vestía un conjunto blanco y vaporoso y sus antebrazos desaparecían bajo un cubremanos de chinchilla. Avanzaba hacia él y,

en la medida en que lo hacía, sentía su corazón apresurarse más y más. Se dijo

Detalle de "El nacimiento de Venus". Botticelli. 1484-86



Detalle de "La primavera", Botticelli. 1478-80



que era la aparición —esta palabra acudió en forma espontánea a su memoria— más hermosa de su vida. Se dijo que no podía creer que existiese, en el mundo material, mujer tan bella. Su corazón estuvo a punto de estallar en el momento en que ella, pasando con soltura ante la silla de extensión, le dirigió un guiño y luego una caída de ojos que conmovió, no ya su desvalido cuerpo, sino hasta la última fibra de su espíritu.

Sus instintos de marido fiel hicieron volar su pensamiento hacia Amalia Restrepo. ¿No la traicionaba con esta conmoción sin preceden-

tes? Siguió con los ojos a la mujer ya de espaldas, que ahora se le antojaba una suerte de Greta Garbo elevada a la enésima potencia. Y, entonces, vio el imposible. Del mar acababa de soplar una trémula piltrafa de bruma y la visión pareció fundirse con ella, diluyéndose en su vapor como si se desmaterializara. La revista cayó de sus manos. Volvió la vista y comprobó que la pareja de oficiales seguía parlamentando en lengua hermética. Sin duda, no habían reparado en aquella presencia perturbadora. A su sólida mente científica acudieron el asombro y la perplejidad. ¿Qué había visto de veras? ¿Se había tratado apenas de una ilusión óptica? Pero ¿no la había visto muy de carne y hueso, más real, muchísimo más real que él mismo, que su humanidad macilenta tumbada en una silla de extensión? ¿No había querido, asombrosamente, coquetearle? ¿No había sido en verdad la primera mujer que le coqueteaba en la vida? ¿Y la más bella de todas?

Su corazón se fue apaciguando poco a poco. A eso de la una de la tarde, cuando compartía la mesa del almuerzo con el capitán y con sus hijas, sintió una compulsión de averiguar por ella, pero prevaleció la prudencia. Dos días más tarde, el práctico los abordaba entre el cabo de Morgion y la isla de Rion. Llegaban a Francia. El metal silencioso de la noche dejaba brillar, a lo lejos, las luces de Marsella. En la cubierta, escoltado por Elvira e Isabel, Lleras Acosta las veía titilar, como una avecinamiento promisorio. El alba cubría la ciudad cuando dieron fondo en el puerto. Tras los trámites de aduana, que en ese entonces eran, para un oriundo de la América del Sur, muy sumarios, se trasladaron en un taxi hasta el Hotel Splendide, en el cual por telégrafo habían hecho reservaciones. Sus equipajes fueron subidos a una **suite** del último piso. La primera jornada del viaje acababa de concluir. Habría que tratar de disfrutar en lo posible, sin robar demasiado tiempo al reposo, las bellezas de este puerto mediterráneo, tan próximo a los lares de sus mayores. Luego vendría la jornada final hasta El Cairo. Lleras Acosta la intuía con desasosiego, pero aún más lo desasosegaba pensar en el largo regreso a Colombia.

Prefirieron reposar ese primer día y, a la mañana siguiente, se limitaron a pasear por la explanada del fuerte de Saint-Jean. Desde allí, al

avistar las blancas casas del barrio de los catalanes, alzado sobre un árido promontorio, el médico volvió a pensar en sus ancestros. En el paisaje y en el cielo claro, el invierno cedía y había un vivificante presentimiento de la primavera. Los días sucesivos los consagraron, siempre en cortas jornadas, a recorrer las avenidas de Meilhan, donde pululaban los restaurantes distinguidos por toldos a rayas rojas y blancas; o bien a beber un café en la calle del Grand Cours, frente a la fuente de las Medusas. En ello estaban, cuando Federico experimentó de nuevo aquel galope cardíaco, que de inmediato lo puso sobre aviso: la mujer del barco debía encontrarse en inmediaciones suyas. No sabía por qué asociaba este malestar con su radiante aparición: era como si la presencia, que debía ser aliciente, desbocara todo su organismo y lo sumiese en una especie de súbito precipicio.

En efecto, por una esquina de la izquierda había surgido la bella, vestida de modo idéntico a como la viera en el buque, con los antebrazos siempre perdiéndose en el cubremanos de chinchilla. Hubiera podido jurar que, al divisarlo, se encaminó hacia él, pero no bien estuvo lo bastante cerca, se limitó a desfilarse frente al trío de personas, cual si deseara tomar el rumbo de la derecha. Cuando se halló a apenas ocho o diez pasos del médico, éste pudo ver cómo, de nuevo, le guiñaba uno de sus ojos para adoptar luego el gesto facial de una *vamp* del cine. Esta vez no pudo resistirlo. Su corazón pareció hundirse en un abismo y una tos convulsa contrajo con enorme dolor su cuerpo. Elvira e Isabel lo notaron y trataron de auxiliarlo. Pero Lleras Acosta se había precipitado al piso, con las manos en el pecho. Fue necesario el auxilio de los meseros. Le dieron a oler algunas sales, mas pronto vieron la necesidad de transportarlo al hotel.

El doctor Tardieu opinó que le había fallado el corazón y que precisaba reposo absoluto. Al saber que se trataba del hombre que parecía haber cultivado *in vitro* el bacilo de la lepra, declaró que se sentía honrado al conocerlo y le pidió no preocuparse: un reposo de dos semanas sería suficiente para que se repusiera. Recetó las drogas de rigor y puso muy de presente la necesidad de que fuese trasladado a un hospital. El enfermo protestó de raíz y se negó. Médico como era,



Vista de El Cairo, Egipto

"Amor",
de Gustav Klimt. 1895



sentía suficiente horror por los hospitales. En el Hotel Splendide, tenía todo lo que necesitaba y él mismo podría controlar, de todos modos, el estado de su corazón. Tardieu no estuvo de acuerdo, pero debió rendirse ante la terquedad de su paciente. Elvira e Isabel no ocultaban su preocupación.

En los días que siguieron, a despecho de los pronósticos de Tardieu, el estado de Lleras Acosta estuvo lejos de mejorar. Ahora, su respiración era trabajosa y una intensa opresión fatigaba su pecho. A ratos, lograba incorporarse un poco y leer. En tales momentos, su organismo se serenaba y llegaba, incluso, a hablar a sus hijas con optimismo del pronto traslado a El Cairo. Éstas pensaban, desde luego, que el viaje debería proseguirse a la inversa, hacia la patria, pero él aseguraba que su corona de triunfo no podría lanzarla de ese modo por la borda. Ahora, se hallaba más seguro que nunca de haber logrado el propósito al cual había consagrado veinte años de su vida. Aseguraba que Amalia, su mujer, jamás lo perdonaría si llegaba a abandonar, a la topa tolondra, una misión tan trascendente. En El Cairo, lo aguardaba la gloria. El mundo se inclinaría ante su trabajo, que lo había librado de una vez para siempre del mal de Job y de Naamán. En forma previsiva, sin embargo, dado su fervor católico, pidió un confesor. Acudió un sacerdote de nariz escarlata y aspecto cómico, una especie de *père*

Marignan o padre Berenjena, como en cierto relato de Maupassant que mucho lo había divertido. Hablaron recogidamente, en la penumbra de la alcoba. Confesó con sonrojo, magnificándolos, los pecados que todos los seres humanos cometemos todos los días. Cuando el cura se hubo ido, se preguntó con aprensión si no hubiera debido confesar la conmoción inexplicable que sentía (¿qué forma de la lujuria era?) ante la dama misteriosa.

Una tarde, mientras leía un tomo de versos de Verlaine que Isabel adquirió cerca del hotel, y en momentos en que sus hijas se preocupaban un tanto en una de las alcobas vecinas, Federico escuchó un rumor como de moarés entrefrotados hacia el lado del cuarto de baño. Volvió la vista, con la fatiga habitual, y no vio nada. Se dijo que podía haber sido el viento filtrándose por alguna ventana. Tenía ante sí una de ellas, con las persianas corridas, de donde provenía, sin embargo, un filamento de luz, en el cual flotaba un polvo perezoso. Tornó a la lectura y paladeó con empinada fruición el primer poema de las *Arietas olvidadas*. Entrecerraba los ojos para grabarlo en su memoria, cuando escuchó de nuevo como un roce delicado, como un susurro de telas. Giró con dificultad la cabeza hacia el lado del cuarto de baño y, al comienzo, no vio nada, pero un segundo más tarde una cinta de tela vaporosa onduló ante él, emergiendo de allí, como si preludiara una presencia. Su corazón empezó a acelerarse. Presintió que lo peor iba a sobrevenir. No podía, sin



Vista de Marsella

Marsella



embargo, apartar la vista del rectángulo de aquella puerta, por donde surgía la cinta como un aviso apacible y, al tiempo, espantosamente inquietante.

Casi sin que se diera cuenta, una lágrima resbaló por una de sus mejillas. Ahora sabía que por esa puerta iba a producirse una aparición paradisiaca, pero que al mismo tiempo su corazón se hundiría en un abismo letal. La cinta seguía flotando ante sus ojos. Podía ver sólo un extremo de ella, cual si el otro se hallase sujeto a un cuerpo presentible que demoraba en el cuarto de baño. Para él, la posición que, para verla, debía adoptar su cabeza, era en extremo atormentadora, mas no podía evitarla. Se preguntó, por un instante, si sería posible que alguna de sus hijas, sin que él lo supiera, se encontrase allí. Pero descartó la hipótesis, porque un suave perfume de espliego parecía desprenderse de la presencia oculta e inundar con dulzura sus fosas nasales. Decidió rendirse a ese deleite, a despecho del sobresalto de su corazón. El aroma lo acariciaba con una frescura primaveral. Entonces, la presencia empezó a emerger hacia la alcoba.

¿Cómo pudo penetrar en su cuarto? ¿Cómo, burlar la vigilancia de sus hijas? Pues se trataba sin duda, se dijo, de la mujer del trasatlántico y de la fuente de las Medusas. Lo sabía en una forma irracional, se lo gritaba el galope de su corazón. El tiempo empezó a discurrir, para él, con una melodiosa lentitud. Cuando, por fin, la tuvo de cuerpo completo ante los ojos, la falla de su corazón lo obligó a un respingo y a un grito ahogado. Elvira e Isabel acudieron alarmadas. Se había doblado sobre sí mismo y el aparato ortopédico entorpecía su cabeza dolorida. Las mujeres percibieron, ellas también, el olor a espliego, pero no tenían tiempo de detenerse en minucias. Mientras Isabel trataba de asistir al enfermo, Elvira tomó el teléfono y requirió al doctor Tardieu. Éste compareció en un vuelo, pero es lo cierto que Federico se hallaba, cuando llegó, bastante repuesto. Habían prescindido del artificio de ortopedia y ahora reposaba la cabeza, con serenidad, sobre varias almohadas. Por un instante, vio cómo la mujer del vestido vaporoso le decía adiós con la mano desde la puerta y se marchaba. Preguntó quién acababa de salir y le dijeron que nadie.

Tardieu insistió en que fuese trasladado a un hospital, pero recibió la misma obstinada negativa. «A los hospitales voy como doctor —le dijo Federico en su perfecto francés—, no como paciente». El otro creyó prudente comunicarle que no deseaba seguir responsabilizándose él solo de su salud. Llamaría a otros colegas y pediría su concepto. El enfermo se opuso, pero a la postre un grupo de tres médicos más auscultaba su corazón. Convinieron en que le dejarían en el hotel, aunque sólo si el ataque no se repetía. En este último caso, sería su deber trasladarlo a una clínica. Lleras Acosta convino y es la verdad que su estado, a partir de aquella tarde, comenzó a mejorar. A tal punto, que el sábado en la mañana pidió ser conducido al balcón de la habitación. Quería contemplar la ciudad, su amada Marsella de otros tiempos. A Isabel, aquella mejoría le causó desazón. Sabía que los enfermos suelen mejorar antes de las crisis más graves. No obstante, se abstuvo de transmitir la preocupación a su hermana y, más bien, se esmeró en el cuidado de su padre.

Una semana transcurrió sin agitaciones y las hermanas Lleras Restrepo llegaron a imaginar que el enfermo había entrado en franca mejoría. Tomaba cumplidamente sus medicinas. Se dejaba inyectar por el doctor Tardieu sin una protesta. Sus lecturas se hacían más devotas y solía manifestar su regocijo por haber regresado, luego de tantos años, a la esfera primordial y estimulante de la poesía francesa, en especial al universo impalpable y sugerente de la escuela simbolista, en la cual reposaban sus más dulces querencias. La primavera quería arropar a Francia ya con su detonante verdor y las gentes parecían anticiparse a esa especie de insensata alegría que la caracteriza. Isabel y Elvira habían iniciado consultas por saber en qué fecha les sería hacedero tomar un barco de regreso a Colombia. Los médicos se manifestaron prudentes. Sería mejor esperar un poco. Y no les faltaba razón. En la madrugada del dieciocho de marzo, cuando aún la sombra cubría a Marsella, las hermanas fueron despertadas por un nuevo grito ahogado en la alcoba de su padre. Cuando acudieron, lo hallaron pálido, tembloroso, señalando con el dedo el frente de su cama.

No volvió a hablar. No pudo decirles que la dama del trasatlántico se encontraba frente a él, ofrendándole una sonrisa angélica. La sonri-

sa, empero, de un ángel implacable. Tampoco que su corazón cabalgaba como un potro desbocado. Al cabo de unos segundos, perdió el sentido. El doctor Tardieu y sus colegas acudieron sin tardanza, lo examinaron con rigor y opinaron que ahora no había nada que hacer. Trasladarlo a una clínica era imposible en su estado de gravedad. Sólo cabía esperar lo peor. Se mantuvieron junto a su lecho, suministrándole sueros e inyecciones. Poco antes de las diez de la mañana, Lleras Acosta recobró la conciencia. Miró en torno suyo y vio a sus hijas, a los médicos; también, por supuesto, a la dama del vestido vaporoso que le sonreía con una dulzura recóndita. Sonaban las diez campanadas cuando la vio movilizarse hacia él, entre el atareamiento de los médicos. Esta vez se le acercó muchísimo, cada vez más, dispuso sus labios como quien va a besar y él sintió su aliento a espliego contra su cara. El enfermo se rindió a ese amor, que se le entregaba como algo decantado, purísimo. Sintió un final estremecimiento. La muerte acababa de imponerle su beso de luz.



VII

La crónica post mortem



n El Cairo, la comisión encargada de escuchar el informe de Federico Lleras Acosta acerca de sus investigaciones sobre la lepra, emitió un comunicado de pésame por el fallecimiento del investigador. El informe que el científico llevaba al Congreso de Leprología jamás fue divulgado. La misma comisión se encargó de que su publicación fuera inútil, al concluir, cuando la reunión declinaba, que los resultados de sus investigaciones no se habían podido repetir y que, por consiguiente, era preciso que sus colegas del mundo prosiguieran sus intentos por cultivar fuera del cuerpo humano el bacilo de Hansen.

En Colombia, cierto sector del mundo médico cantó victoria, afirmando que Lleras Acosta sólo había cultivado contaminaciones. Acaso ninguno de tales detractores se paró a pensar en que la comisión de El Cairo se había limitado a asentar un hecho desnudo, sin emitir opinión sobre los cultivos; que el científico muerto en Marsella había coronado otros muchos experimentos con el mayor de los éxitos, salvando de pasada muchas

Vista de El Cairo



Su maestro, el profesor Claude Vericel, murió en aquel mismo 1938, de achaques de vejez.

El músico Luis Antonio Calvo recibió, el dos de octubre de 1942, una apoteosis, al dirigir la Orquesta Sinfónica de Colombia y dejar al público escuchar su fantasía *Escenas pintor escas de Colombia*, que aún aplaudimos sus compatriotas como una de las mejores piezas de nuestro acervo sinfónico.

Unos días más tarde, el veintiocho del mismo mes, contrajo matrimonio en la ciudad de Anolaima con Anita Rodríguez Rodríguez, quien fue a vivir con él en la pequeña casa de Agua de Dios.

Un ataque de uremia terminó con su vida el veintidós de abril de 1945. El último examen que se le practicó, pocos días antes, en la Ciudad del Dolor, indicó que su lepra había desaparecido, gracias a los tratamientos con sulfonas, pero Luis Antonio murió antes de conocer ese resultado.

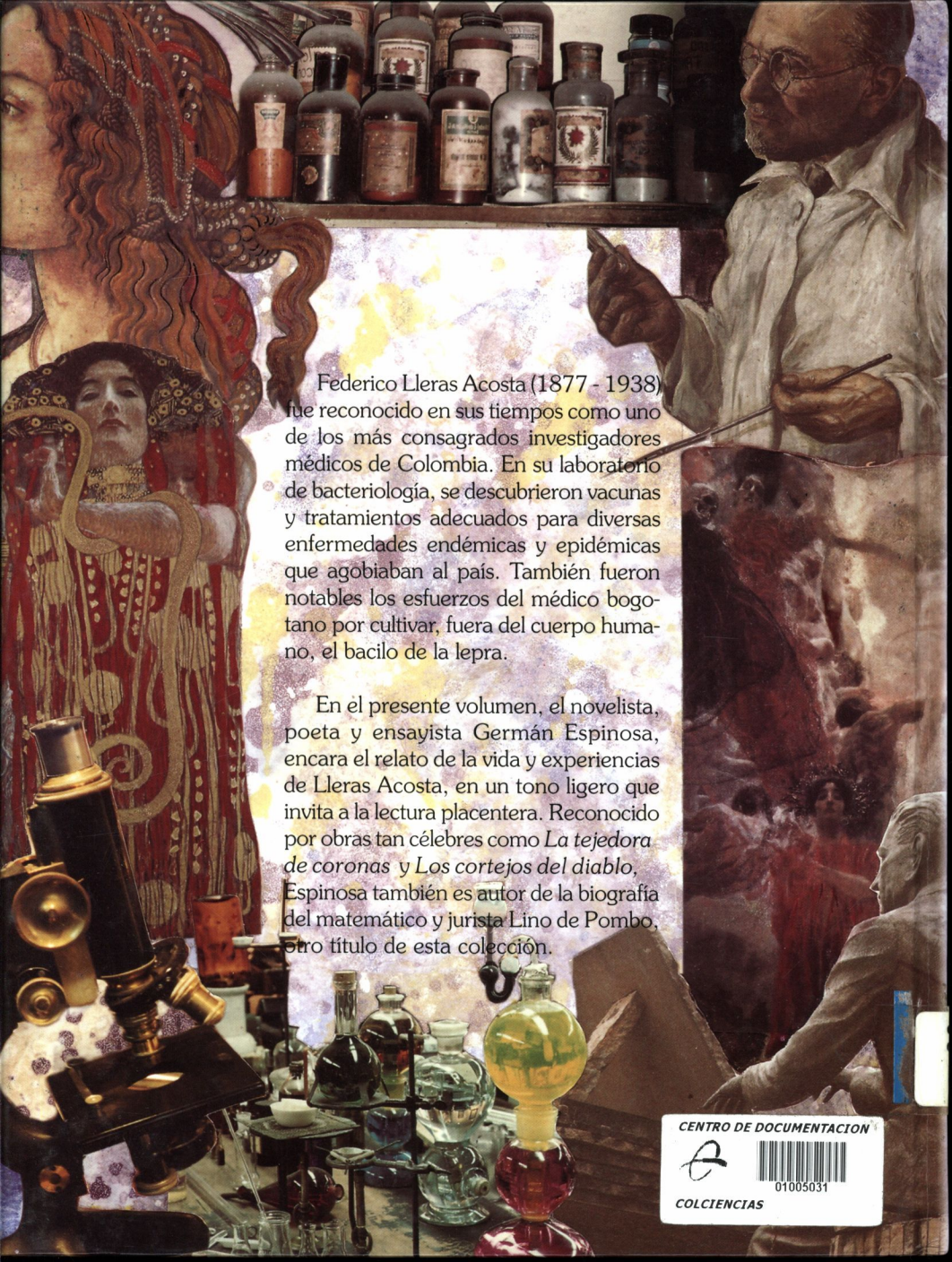
Bogotá, Abril/Junio de 1998

De un árbol finlandés,
convertido en papel Galery de
115 gramos, está hecha esta
edición de 3.000 ejemplares.
De allí su doble virtud: la del
conocimiento y la de la
naturaleza.

Especial agradecimiento a la
Academia Nacional de
Medicina, al Museo del
Instituto Nacional de Salud y a
Marina de Cala, por su
colaboración en el soporte
documental gráfico.

El cuidado de la edición estuvo
a cargo de Tres Culturas
Editores Ltda. Y terminó de
imprimirse en el mes de
agosto de 1998, mes propicio
para las artes del vuelo.





Federico Lleras Acosta (1877 - 1938) fue reconocido en sus tiempos como uno de los más consagrados investigadores médicos de Colombia. En su laboratorio de bacteriología, se descubrieron vacunas y tratamientos adecuados para diversas enfermedades endémicas y epidémicas que agobiaban al país. También fueron notables los esfuerzos del médico bogotano por cultivar, fuera del cuerpo humano, el bacilo de la lepra.

En el presente volumen, el novelista, poeta y ensayista Germán Espinosa, encara el relato de la vida y experiencias de Lleras Acosta, en un tono ligero que invita a la lectura placentera. Reconocido por obras tan célebres como *La tejedora de coronas* y *Los cortejos del diablo*, Espinosa también es autor de la biografía del matemático y jurista Lino de Pombo. Otro título de esta colección.

CENTRO DE DOCUMENTACION

01005031
COLCIENCIAS